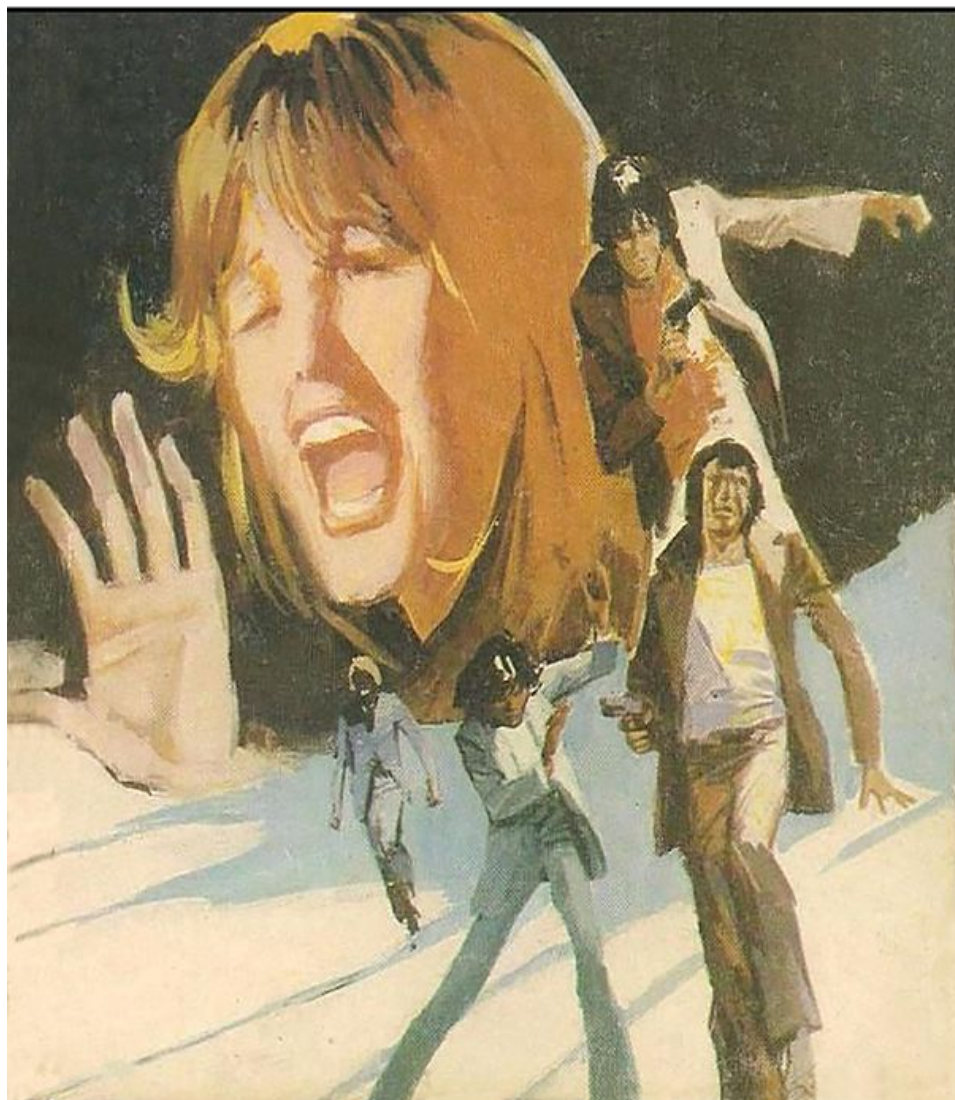


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL VICIO DE MATAR

Clark Carrados



El hombre yacía boca abajo, con una pierna doblada y el brazo derecho extendido, como si quisiera agarrar algo. Pero sólo había cogido un puñado de hierba medio seca.

Tenía un agujero en la parte posterior de la cabeza.

—La muerte ha tenido que ser instantánea —dijo Ned Bane, comisario de Sittakaw.

Su ayudante, Hank Norris asintió.

—Cuando uno recibe una bala en esa región del cuerpo, no tiene tiempo de decir «ay» siquiera. Pero, me pregunto, quién era el tipo, quién se lo cargó y qué hacía por esos andurriales.



Clark Carrados

El vicio de matar

Bolsilibros - Punto rojo - 982

ePub r1.0

Lds 11.11.17

Título original: *El vicio de matar*

Clark Carrados, 1981

Colección PUNTO ROJO n.º 982. Bruguera – 1981

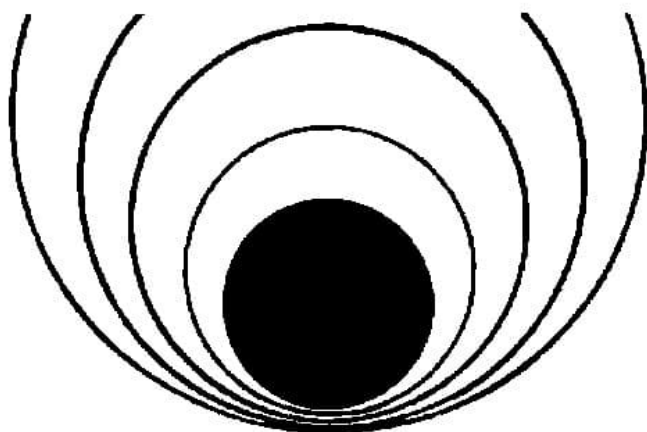
Colección PUNTO ROJO n.º 6. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre yacía boca abajo, con una pierna doblada y el brazo derecho extendido, como si quisiera agarrar algo. Pero sólo había cogido un puñado de hierba medio seca.

Tenía un agujero en la parte posterior de la cabeza.

—La muerte ha tenido que ser instantánea —dijo Ned Bane, comisario de Sittakaw.

Su ayudante, Hank Norris asintió.

—Cuando uno recibe una bala en esa región del cuerpo, no tiene tiempo de decir «ay» siquiera. Pero, me pregunto, quién era el tipo, quién se lo cargó y qué hacía por esos andurriales.

Bane alzó la cabeza. Sittakaw estaba a un par de millas de distancia. El lugar se hallaba completamente desviado de las rutas ordinarias de tráfico, aunque no lejos pasaba una carretera de tercer orden, que ascendía hacia las cercanas montañas. A doscientos metros, corrían las aguas turbulentas del arroyo que nacía en las alturas y luego pasaba por las inmediaciones del pueblo. Realmente, la presencia en aquellos parajes del muerto y de su asesino resultaba incomprensible.

De repente, un «todo terreno» se paró en el camino. El conductor, un hombre alto, joven, fornido, de abundantes cabellos, negros como ala de cuervo, se apeó del coche y caminó hacia donde se hallaban el comisario y su ayudante.

—¡Geo! —exclamó Bane—. Por todos los diablos, ¿de dónde sales?

El recién llegado sonrió. En su rostro atezado brillaron unos dientes que parecían artificiales.

—Acabo de volver y me dirigía a casa a descansar una temporada —contestó—. ¿Qué tal, Hank?

—Encantado de tenerte dé nuevo entre nosotros, Geo —dijo Norris.

La mirada del joven recayó sobre el cuerpo caído en el suelo.

—¿Qué ha sucedido, Ned?

—Recibí una llamada anónima y me vine para acá con Hank. Eso es lo que he encontrado, Geo.

Geoffrey Wilkinson se puso en cuclillas junto al cadáver. Con gesto pensativo, arrancó un tallo de hierba seca y se lo puso entre los dientes.

—¿Sabes quién es?

—Por la documentación, Bart Hyllest, residente en Cheyenne. Pero no se me ocurre qué diablos pudo venir a hacer aquí, a tanta distancia...

Wilkinson se incorporó y dio una vuelta entera en tomo al cadáver. Al completarla, se alejó cuatro o cinco pasos y describió otro círculo. Nuevamente repitió la operación y, de pronto, se detuvo junto a un abeto de grueso tronco.

Los dos oficiales de la ley le contemplaban en silencio. Wilkinson examinó con gran detenimiento los alrededores del árbol e incluso este mismo. Al cabo de unos momentos, hizo una seña con la mano y Bane y su ayudante acudieron de inmediato.

—¿Has encontrado algo, Geo? —preguntó Bane ávidamente.

—El asesino pesa unos setenta kilos y mide alrededor de metro setenta. Tiró con revólver, porque se ven rastros de pólvora muy junto al tronco, ya que apoyó el cañón en este saliente, para conseguir mejor puntería. Dada la distancia de los rastros al suelo, es fácil conocer su estatura.

Wilkinson se inclinó y recogió un palito medio quemado, que puso en las manos del comisario.

—Encendió un cigarro, para entretener la espera. Hay ceniza en el suelo y no es de cigarrillo. Si hubiera fumado cigarrillos, tendríamos colillas y más fósforos consumidos, pero sólo hay uno, con lo que, junto con estos dos montoncitos de ceniza, confirma mi hipótesis de que fumaba un cigarro. Por la cantidad de ceniza, deduzco que debió consumir algo más de un tercio del cigarro en la espera. Pero eso no es todo. Mira esas huellas. ¿Qué ves, Ned?

—Las dejó marcadas tan claramente como si lo hubiera hecho a posta —respondió Bane.

—Hay algo más. —Wilkinson se puso en cucullas—. Mira, Ned; el suelo está aquí todavía bastante húmedo, a causa de la sombra del abeto. ¿Llovió anoche?

—A cántaros, Geo —dijo Norris.

—El suelo se ha secado, pero el asesino se apostó aquí, porque sabía que estaría escondido de su víctima, a la que seguramente citó con estos parajes. Ahora bien, en este trozo sin hierba, las huellas quedan tan nítidamente marcadas como si lo hubiesen preparado anticipadamente. Y había tanta humedad, que los zapatos, en toda su longitud, dejaron su impronta. Pero el pie derecho tiene un ligero defecto. El asesino necesita usar un tacón con un centímetro más de tacón, porque esa pierna es más corta que la izquierda y así no cojea al andar.

—Esas huellas pueden enviarle a la cárcel —exclamó Bane.

—De lo cual debes encargarte tú —sonrió Wilkinson—. Ned, te aconsejo tomes moldes y también una pequeña muestra de la tierra contigua a las pisadas, para un análisis comparativo en el momento adecuado.

Wilkinson se volvió y volvió a sonreír.

—¿Sabéis algo de Johnny Tegg? —preguntó.

—Sí, está allá arriba, deseando que vuelvas. Su madre se halla enferma y quiere estar a su lado.

—Bueno, dentro de media hora podrá marcharse. Ned, Hank, volveremos a vernos. Estaré aquí una buena temporada.

Wilkinson hinchó el pecho, para llenarse los pulmones de aire puro y fresco.

—Deseaba volver aquí —dijo—. Los minutos, lejos de estos parajes, me parecían siglos...

Bane sonrió.

—De nuevo estás con nosotros. Bien venido, Geo. Y gracias.

—Ha sido un placer..., aunque el muerto no pueda decir lo mismo. De todos modos, si me necesitas para algo más, llámame por radio, Ned.

—Okay, Geo. Hank, tú te quedarás, mientras yo vuelvo al pueblo por los materiales para tomar los moldes de las huellas. Retiraremos el cadáver en cuanto venga el forense.

—Sí, jefe.

Wilkinson agitó una mano.

—Hasta la vista, amigos —se despidió.

Norris miró con envidia al hombre alto y fuerte, mientras se encaminaba hacia su *jeep*.

—No lo entiendo —dijo—. Con todo lo que tiene... y viene a enterrarse aquí, casi como un monje...

—Hank, no le des más vueltas. La sangre tira mucho, ¿comprendes?

—Sí —suspiró el ayudante—, eso debe de ser.

El *jeep* se alejó raudamente hacia las montañas. Bane meneó la cabeza y se encaminó hacia el coche oficial.

—Cuidado con las huellas, Hank —advirtió una vez más.

Cuando subió al coche, Bane masculló una imprecación. Presentía que aquel cadáver no era sino el principio de una serie de dificultades, cuyo fin, sin embargo, se sentía incapaz de adivinar.

* * *

Las manos de Duane Barton temblaron unos instantes.

—Maldita sea —dijo—. Pero ¿por qué?

—Duane, te necesito —manifestó—. Para ciertas cosas, eres el hombre ideal...

—Lo dejé todo hace años. Ahora soy un honrado y pacífico ciudadano, que paga religiosamente sus impuestos y que respeta las leyes —gruñó Barton.

El otro rió burlonamente.

—Me tomas por tonto y en eso te equivocas —dijo—. Tienes el mejor local de Sittakaw y en él se desarrollan ciertas actividades, que no tienen nada de legales, aunque con mucha discreción, eso sí. Si de veras hubieras querido volver a la honradez, ¿por qué trajiste contigo a los tipos que formaban tu guardia pretoriana en Cheyenne?

—Bueno, eran viejos amigos... No les iba a abandonar...

—Pasemos esto por alto, Duane. Te necesito y vas a ayudarme, te guste o no.

Barton sonrió.

—No veo cómo puede obligarme —contestó.

—Te lo diré en seguida. Hace cuatro años, un tal Red Morgan apareció muerto en la habitación de un hotel de cuarta categoría. Se

dijo entonces que era un confidente de la policía, aunque no se confirmó oficialmente, claro. Pero a ti te seguían los pasos y estuvieron a punto de acusarte del homicidio. Como estabas en mala situación, viniste a verme y me pediste que guardase tu revólver. Lo hice... y lo tengo todavía guardado.

Barton se puso lívido.

—Le dije que lo arrojase al río. Yo no podía hacerlo, porque tenía la policía detrás de mí, día y noche...

—Pero lo guardé. Yo siempre guardo lo que necesito; tarde o temprano, acabo por utilizarlo.

—Si me denunciase a la policía, ¿no cree que usted también saldría perjudicado?

El otro rió suavemente.

—¿Piensas que lo tengo en mi despacho? El revólver ya está aquí, escondido en un sitio donde no podrás encontrarlo. Pero bastaría que diese el «soplo», para que la policía diese con él... y, además, te acusaran del asesinato de Bart Hyllest. ¿Sabías que lo han encontrado muerto esta mañana?

—Oh, no... —Gruñó Barton.

—Sí, con un tiro en la cabeza, disparado con el mismo revólver utilizado para liquidar a Morgan. ¿Recuerdas?, tú y Hyllest erais tan amigos como el perro y el gato. Puede que ahora te molesten un poco, cuando esos antecedentes salgan a relucir, pero no podrán probar que te lo cargaste..., a menos que encuentren el revólver. Y lo encontrarán, si yo quiero, ¿me oyes?

Barton tragó saliva.

—Está bien —gruñó—. ¿Qué quiere de mí?

El otro se lo explicó detalladamente. Barton escuchó con gran atención. Cuando su visitante hubo terminado, alzó las cejas.

—¿Sólo eso? —preguntó extrañado—. No me parece tan difícil...

—Duane, si fuera fácil, no estaría yo aquí. Te costará más de lo que crees..., pero tú eres especialista en persuadir a los reacios. Consíguelo y tendrás el revólver.

Barton se frotó vigorosamente la mandíbula inferior.

—De acuerdo —cedió—. Lo haré..., pero no me presione. Necesito tiempo.

—Un mes, es todo lo que puedo concederte. Y me parece que te sobrarán días, si pones un poco de interés.

—Sí, pero..., ¿no sacaré nada más que la devolución del revólver?

—¿Te parece poco? —El visitante hizo un amplio ademán—. Tienes un local magnífico; ganas el dinero que quieres... Seguir conservando esto, me parece, bien vale la pena un pequeño esfuerzo, Duane.

—Conforme —dijo Barton—. Yo cumpliré mi parte y usted cumplirá la suya. Pero tome nota de lo que le digo: si cuando haya terminado, no me devuelve el revólver, iré a buscarle, dondequiera que esté, y le llenaré el cuerpo de plomo. Perdido por uno, perdido por dos. ¿Ha comprendido?

—No te defraudaré, puedes tenerlo por seguro, Duane —se despidió el otro.

Al quedarse solo, Barton encendió un cigarrillo y meditó durante un minuto. Luego, de pronto, alargó la mano y tocó la tecla del interfono.

Alguien le contestó de la habitación inmediata.

—¿Quiere algo, jefe?

—Sí, Harry, ven; tengo un trabajo especial para ti —dijo Barton.

CAPÍTULO II

La joven detuvo su reluciente coche descapotable, de color amarillo paja, y miró con curiosidad a su alrededor. El pueblo era pequeño, pero limpio y con calles espaciosas. Pocas casas eran de más de dos o tres plantas y abundaban las que tenían un pequeño jardín a su alrededor.

Las cercanas montañas parecían un encantador telón de fondo. A distancia, divisó un hilo blanco que caía de las alturas, en un paraje de color verde oscuro. Tardó algunos segundos en darse cuenta de que era una cascada, cuyo final se perdía en las abruptas laderas de la montaña. En algunos lugares umbríos se podían ver aún blancas manchas de nieve.

Era una muchacha alta, muy esbelta, de pelo corto, dorado oscuro y grandes ojos marrones. Vestía con sencillez, pero incluso el más lego en la materia habría podido darse cuenta de la magnífica calidad de su indumentaria.

Un hombre, con camisa caqui y estrella al pecho, se acercó a la que, evidentemente, era forastera.

—¿Busca a alguien, señorita? —preguntó el policía.

Ella se volvió y sonrió atractivamente.

—Sí, en efecto —contestó—. Creo que es usted la persona más indicada para señalarme el camino a Skyview.

—¿Skyview? —repitió Bane—. Sin duda, piensa visitar a su dueño.

—En efecto.

Bane tendió el brazo.

—Entonces, le ahorraré diez kilómetros de viaje —manifestó—. Véalo; está allí, al otro lado de la calle. Es el que está cargando paquetes en el *jeep*. Ah, y yo soy Ned Bane, comisario de Sittakaw.

La muchacha volvió a sonreír.

—Encantada, comisario, y muchas gracias.

Luego dio media vuelta y cruzó la calle, situándose junto al *jeep*, en donde permaneció, hasta que su dueño volvió a salir, con un brazado de paquetes. Entonces dio dos pasos más.

—Usted es Geoffrey Wilkinson, supongo —dijo.

El joven volvió la cabeza. Ella vio un rostro moreno, en el que destacaban unos dientes blanquísimos y unas pupilas extrañamente azules. El color de los ojos era un singular contraste con el pelo negro, la piel atezada y la nariz levemente aguileña.

—Sí, soy yo —contestó, sonriendo—. ¿En qué puedo servirla, señorita?

—Soy Edwina Ralston-Moore —se presentó ella.

Wilkinson se puso rígido en el acto.

—Tiene algo que ver con un hombre que se llama casi exactamente como usted, sólo que en el nombre le sobra la letra final.

—En efecto, es mi padre.

—Señorita, no lo tome como descortesía, pero no quiero mencionar siquiera el asunto que la ha traído a Sittakaw. Si está aquí, por indicación de su padre, ha perdido el tiempo. Encantado y adiós.

Wilkinson había terminado de acomodar los bultos en la zaga del coche y se sentó de un salto tras el volante. Dio el contacto, puso una marcha y pisó el acelerador.

—Pero... escuche... —gritó Edwina, desconcertada—. Todavía no me ha dejado hablar...

El *jeep* viró en redondo. Wilkinson agitó un brazo en dirección al comisario, que estaba apoyado en un poste, bajo la marquesina de un edificio. Bane alzó un poco su mano.

Edwina parecía muy irritada. Estuvo quieta unos momentos y luego, de pronto, regresó al otro lado de la calle.

—Parece ser que Wilkinson no ha querido escucharla —observó Bane con aire intrascendente.

Ella le miró francamente.

—¿Dónde hay un hotel, comisario?

Bane señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Entre —dijo—. ¿Piensa quedarse muchos días, señorita

Ralston-Moore? —preguntó.

—Sí... ¿cómo sabe mi nombre?

Bane se tocó la oreja derecha.

—Tengo un buen oído... y usted habla como si estuviese en una gran ciudad, llena de ruidos de tráfico.

Edwina se puso colorada. Casi en aquel momento, se dio cuenta de que apenas si había ruido en la calle.

—He hablado muy alto, en efecto —admitió.

—Me imagino los motivos de su estancia en Sittakaw, señorita —dijo Bane—. Bueno, yo no puedo impedir que esté aquí un año, si lo desea, pero de antemano le predigo que no va a conseguir lo que desea. Su padre fracasó, pero no crea que por ser joven y bonita lo va a conseguir usted.

Edwina se irritó.

—El señor Wilkinson es un grosero, aunque dijese lo contrario. Lo menos que podía haber hecho era escucharme, ¿no?

—Sabiendo lo que tenía que decir, ¿por qué perder el tiempo?

—Ahí está precisamente su error. Y el de usted, comisario; porque ya rechazan anticipadamente discutir algo sobre lo que no están bien informados.

—Yo no tengo nada que discutir con usted, señorita; sólo me limito a decirle lo que hay. Pero si él no quiere escucharla, ¿voy a forzarle a que lo haga?

—Está bien —dijo Edwina—. De todos modos, no tengo prisa. He venido a Sittakaw para hablar con el señor Wilkinson y no me iré sin haberlo conseguido. ¿Qué tal es el hotel, comisario?

Bane sonrió maliciosamente.

—Entre y pregúntele a mi esposa; ella es la encargada —contestó—. No se preocupe por el equipaje; yo me ocuparé de llevárselo.

—Pluriempleo, ¿eh?

Bane soltó una risita.

—El sueldo no es muy elevado y hay que completarlo con otros ingresos —respondió jovialmente.

Mientras tanto, Barton y uno de sus más conspicuos secuaces, Harry Cook, estaban en la ventana del primer piso de su local, frente a la cual había pasado Wilkinson momentos antes.

—Ése es el hombre y no va a ser fácil —dijo Barton.

—No, pero he tenido una idea que me parece estupenda, jefe — declaró Cook—. Nosotros no podemos hacerlo, a menos que se presente una ocasión muy clara, y eso no sucederá, porque él no pone los pies aquí ni aunque lo traigamos a rastras. He pensado en los hermanos Tuckett. ¿Qué le parece?

—Los Tuckett —repitió Barton pensativamente—. No es mala idea, Harry. Creo que tienen una cuenta que ajustar con él, ¿no es así?

—Los pilló hace un par de años, poniendo trampas para osos. Rizos consiguió escapar, pero atrapó a Negro y le dio una soberana paliza. Negro ha estado aquí en más de una ocasión y siempre ha jurado que un día se tomaría el desquite.

—Tienen motivos, en efecto. ¿Por qué no vas a verlos, Harry? Discretamente, claro.

—Está bien, pero me parece que debería convencerlos con algo más que la idea de un desquite. Imagínese el hombre que está muy acalorado y quiere bañarse, pero sabe que el agua de la piscina está fría.

—Necesita un empujoncito, ¿verdad? —rió Barton.

—Exacto, jefe.

—¿Cuánto, Harry?

—Dos mil serían más que suficientes para persuadirles de que... necesitan refrescarse.

—De acuerdo, pero si aceptan, sólo la mitad por adelantado.

—Entendido. Déjelo de mi mano. Los Tuckett, se lo garantizo, resolverán ese problema.

* * *

El coche amarillo subía lentamente por el sendero que serpenteaba en la ladera de la montaña. La mañana era fresca y el aire estaba embalsamado por los efluvios de millares de árboles, pinos y abetos principalmente. Edwina se sentía hechizada por la soberbia vista que se divisaba desde allí y que le hacía sentirse transportada a un mundo jamás soñado. A veces, le parecía que se hallaba en otro planeta.

De pronto, el camino hizo una pronunciada curva. La perspectiva era allí tan fantástica, que no pudo resistir a la

tentación de detenerse. Saltó al suelo, se acercó al borde del camino y, durante unos minutos, permaneció estática, sumida en la contemplación de un panorama de belleza indescriptible.

Un extraño sonido la sacó del encantamiento en que había caído. Alarmada se volvió. ¿Qué era aquel ruido?

Parecía proceder de un animal...

Sí, era un gruñido. Al otro lado del camino se oyeron ramas quebradas. Debía de ser un animal muy grande... ¿Un oso?

El plantígrado apareció de pronto, atravesando un espeso matorral con absoluta facilidad. Edwina se quedó paralizada por el terror.

Ni siquiera podría llegar a su coche, del que se había separado una docena de metros. El oso estaba más cerca, aunque todavía situado al otro lado de la carretera.

El animal se puso de pronto en pie. Fascinada, Edwina le calculó más de dos metros de estatura. Las garras podían destrozarla en un santiamén...

Inesperadamente, sonó una voz humana:

—¡Fuera, «Hock»! Vamos, lárgate, deja a la señorita en paz... He dicho que te vayas, «Hock».

Enormemente sorprendida, la joven vio que el oso volvía grupos mansamente y se adentraba de nuevo en el bosque. Entonces, el hombre se hizo visible y ella reconoció a Geoffrey Wilkinson.

El joven sonreía. En la mano derecha llevaba unos hierros de extraña factura.

—«Hock» le asustó, ¿no es así? —dijo Wilkinson—. Bueno, con los extraños siempre es un tanto receloso, pero, en realidad, es muy pacífico.

Edwina tenía una mano en el pecho. Todavía le costaba trabajo respirar.

—¿Quiere decir... que es amigo de ese gigante lleno de pelo y garras?

Wilkinson se echó a reír. Era la suya una risa franca, sincera, despreocupada.

—Lo encontré hace cinco años, junto a su madre, muerta por un salvaje que sólo quería cobrar su piel. «Hock» tenía apenas una semana. Lo llevé a mi casa, lo crié y... Pero ¿qué está haciendo aquí? —Wilkinson se puso serio de pronto—. ¿No sabe que está en

tierras que no son tuyas?

Edwina se irguió.

—Señor Wilkinson, aunque ayer no quiso atenderme, decidí venir a hablar con usted personalmente. ¿No es lo suficiente galante para escuchar a una dama?

—Oh, sí, ¿por qué no? Pero sé de antemano lo que quiere, de modo que también le daré mi respuesta por adelantado: No.

—Es que no me ha escuchado todavía...

—Su apellido, señorita Ralston-Moore, es demasiado esclarecedor para mí. Por tanto, la respuesta negativa es automática.

—Pero ¿por qué?

Wilkinson dudó unos instantes. Luego, de pronto, movió la mano:

—Sígame, por favor —dijo—. No, no se moleste; ya sólo quedan cien metros escasos. Puede dejar el coche tranquilamente.

—Está bien.

Edwina recogió el bolso y empezó a caminar junto al joven. Un poco más adelante, el camino rebasó un promontorio y entonces ella vio un paisaje que superaba a cuanto había contemplado hasta el momento.

Había una casa rústica, de troncos, de grandes dimensiones, con una enorme terraza situada sobre el borde de un espantoso precipicio, que daba a un valle, tan profundo, que el río que corría por su centro parecía una delgada cinta de plata. Al otro lado del valle, angosto y de paredes muy empinadas, en general, se divisaba una colosal montaña, cubierta de vegetación, desde la cima hasta la base.

Un riachuelo nacía a media ladera y, después de correr en bruscos saltos por las pendientes, se precipitaba en una cascada de más de cien metros de altura, antes de continuar su curso hasta el fondo del valle, en donde se reunía con la corriente principal. A la izquierda de la montaña, se divisaba una zona relativamente llana, en la que brillaba el espejo de un lago de unos dos kilómetros de ancho, cuyas aguas sobrantes alimentaban también el caudal del río.

—Venga, por favor —dijo Wilkinson, después de que la joven hubo contemplado el paisaje—. Soy lo bastante galante para

ofrecerle una taza de café. Si me la acepta, claro.

—Por supuesto —contestó ella.

Cuando se acercaban a la casa, oyó relinchos.

—Tengo dos caballos en los establos de la parte de atrás —explicó él—. En estas montañas son muy necesarios y no siempre se puede emplear el coche.

—Comprendo.

Entraron en la casa. Edwina vio un enorme salón, de suelo de espejeante madera, con una gran chimenea de piedra. Todo un lado del salón era cristal y daba a aquel fascinante paisaje que, se dijo, no se cansaría nunca de contemplar. Los muebles eran rústicos, pero confortables y de sólida factura. Abundaban las pieles y, frente a la chimenea, había una de oso, realmente colosal.

—Es la madre de «Hock» —indicó Wilkinson, con una sonrisa.

Edwina se arrodilló y pasó los dedos por la piel, suave y delicada como ninguna de las caras que ella poseía. En los muros, advirtió, había mantas de factura india, que prestaban una agradable nota de color al ambiente, despojándolo de su aparente severidad.

Wilkinson desapareció, pero volvió a los pocos momentos con una bandeja en las manos.

—Perdone, pero había olvidado algo urgente —dijo—. Sírvese a su gusto, por favor.

Edwina llenó su taza. Wilkinson fue a un armario que había en la pared opuesta, lo abrió y empezó manipular en los controles de un transmisor de radio. A los pocos momentos, le oyó hablar con un interlocutor que debía estar a mucha distancia. Aunque no quería escuchar, no pudo por menos de captar algunas de las frases que pronunciaba su anfitrión:

—Sí... los tengo en casa... Puedes pasar a recogerlos cuando quieras, Grant... Los encontré en las inmediaciones de Eagle Rock, en la vertiente sur... ¿que si me imagino quién los puso? Hombre, lo mismo que tú. ¿Quiénes van a ser, sino los condenados Tuckett...? Oh, eso es lo que yo querría, Grant; que los pillases con las manos en la masa, para enviarlos a la sombra durante una temporada. Son dos tipos nefastos para la región y si no les atajamos de alguna forma, cometerán un día cualquier disparate... Están bien, aunque yo esté ausente, encontrarás los cepos. Encantado de haber hablado contigo, Grant.

Wilkinson terminó de hablar, cortó el contacto, cerró el armario y se volvió sonriendo hacia la joven.

—Era mi amigo Grant Torres, el guardabosque jefe de esta región —explicó—. Encontré estos cepos y los desarmé. Otro rato vendrá a recogerlos y... Bien, señorita Ralston-Moore, ¿ha encontrado ya la respuesta a la pregunta que me formuló antes?

—Creo que sí, señor Wilkinson —dijo.

El joven sonrió.

—Es usted una mujer sensata y ponderada, que sabe apreciar el valor de las cosas buenas. Lo que tiene usted a la vista es algo que no se podría comprar, ni aunque me pusieran en las manos una montaña de oro igual que la del otro lado del valle. ¿Comprende mis puntos de vista?

—Yo sí, pero... soy la hija de Edwin Ralston-Moore.

—Y, naturalmente, está al lado de su padre.

Edwina recobró su bolso.

—Lógico, ¿no?

Echó a andar hacia la puerta.

—No se moleste en acompañarme, señor Wilkinson. Y gracias por la taza de café.

—Creí que me las daría por la perspectiva que se divisa desde aquí.

La muchacha se detuvo un segundo, aunque sin volverse. Luego, reaccionando, abrió con brusquedad y salió.

—Digna hija de su padre —masculló—. La gente de esa calaña no comprende más que una palabra: dinero.

Acabó por encogerse de hombros. Tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo pensando en los Ralston-Moore, padre e hija.

CAPÍTULO III

Unos días más tarde, Edwina volvió a la montaña.

Desde la explanada, tocó la bocina de su coche, pero nadie le contestó. Intrigada, saltó al suelo y se acercó a la puerta de la cabaña.

—Eh, ¿hay alguien aquí? —gritó.

Nadie contestó a sus llamadas. Intrigada, abrió y entró en la casa.

El silencio era absoluto. Edwina se acercó a una mesa y vio unos libros y unos cuadernos de apuntes. El título de uno de los libros llamó poderosamente su atención.

—¿Para qué querrá este hombre estudiar geología? —murmuró.

Había también un tratado de mineralogía y un manual de análisis químicos. Como no entendía gran cosa de lo que decían los libros, se acercó a la vidriera. Descorrió una de las hojas y salió a la terraza.

Respiró a pleno pulmón. Envidiaba al dueño de Skyview. El Mirador del Cielo... realmente, era un nombre adecuado al lugar. Si su padre conseguía lo que deseaba, le pediría que respetase Skyview para ella.

En uno de los lados de la terraza divisó un potente telescopio, sobre un trípode. Cuando se disponía a observar, oyó una voz en la sala:

—¡Eh, Geo!

Edwina dio unos pasos hacia el centro de la terraza. El hombre que acababa de entrar la contempló con asombro.

—Disculpe, señorita —dijo el desconocido—. Estoy buscando a Geoffrey Wilkinson. Soy Grant Torres, el guardabosque jefe.

—Oh... Oí hablar el otro día de usted, señor Torres. Yo soy

Edwina Ralston-Moore, y también vine a ver al señor Wilkinson, pero, por lo visto, está ausente.

—Con que es la hija de Ralston-Moore.

—Sí. —Ella se envaró—. No pude evitarlo al nacer.

—Lo siento, no quise ofenderla. Bien, ando corto de tiempo... Cuando venga Geo, dígame que me llevo uno de sus caballos. He encontrado rastro de uno de los Tuckett. Él lo comprenderá inmediatamente.

—Se lo diré, señor Torres.

—Gracias, señorita.

El guardabosque, un hombre fornido, con el rostro como el cuero, debido a la vida continua al aire libre, corrió hacia la puerta. Edwina regresó a la terraza; quería seguir disfrutando de aquella maravillosa vista.

Poco más tarde, divisó una mancha blanca y negra entre el verdor de la ladera. Torres descendía hacia el valle en un hermoso pinto. Curiosa, se acercó al telescopio y lo orientó hacia el jinete. Se estremeció al ver que el guardabosque llevaba un rifle terciado sobre la silla.

Los Tuckett, se dijo, debían de ser unos sujetos detestables. Aunque, bien mirado, eran producto de la región selvática en que vivían y que, en algunos parajes, se conservaba casi como en el principio de los siglos. Pero si su padre conseguía lo que deseaba, pronto encontraría gente que se encargaría de aquella pareja.

Torres descendía hacia el valle, en el que se veían algunos trozos de hierba abundante y jugosa. Por unos instantes, se sintió tentado de ir al establo y ensillar el otro caballo, pero logró contenerse. Ella no tenía ninguna confianza con el dueño de Skyview y si había una relación entre ambos, era todo menos amistosa.

Al cabo de casi media hora, Torres llegó a las inmediaciones del río. Repentinamente, Edwina lo vio vacilar en la silla.

—¿Qué le pasa? —exclamó.

Torres pareció recuperar el equilibrio, pero, de súbito, sufrió una terrible sacudida, extendió los brazos, soltando el rifle y, tras una media vuelta en el aire, quedó de bruces sobre la hierba.

Entonces, Edwina oyó dos estampidos y comprendió la verdad.

—¡Dios mío, lo han asesinado!

Fascinada por el horror de la situación, continuó observando a

través del telescopio. A los pocos instantes, un hombre salió de unos arbustos cercanos y se inclinó junto al caído. Edwina trató de mantenerse firme. Debía observar el mayor número posible de detalles, se dijo. Aquel hombre, no cabía duda, era el asesino; aún tenía su rifle en las manos.

Al cabo de unos segundos, el hombre se alejó trotando y se perdió por un cercano bosquecillo de enebros. El guardabosque quedó sobre la hierba, patéticamente inmóvil, mientras el pinto pastaba a pocos pasos de distancia.

De pronto, oyó una voz en la entrada:

—¡Eh! ¿Quién hay en la casa?

Edwina corrió hacia la sala.

—¡Señor Wilkinson, Torres acaba de ser asesinado!

El joven la miró atónito.

—Está bromeando...

Ella lo agarró por un brazo.

—Venga —dijo, terriblemente excitada.

Wilkinson se acercó al telescopio. Edwina observó la súbita tensión de sus músculos y la vena que se hinchaba en su frente, hasta amenazar con el estallido en cualquier momento. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la joven.

—Cuénteme lo que ha pasado, por favor —pidió, con voz insólitamente tranquila.

Edwina le hizo un sucinto relato de lo que había sucedido desde el momento de su llegada a la cabaña. Cuando terminó, Wilkinson, ceñudo, se fue hacia el transmisor de radio y lo puso en funcionamiento.

—Ned, soy Geo —dijo—. Ha ocurrido algo terrible. Acaban de asesinar a Torres. Puedo ver el cadáver en el valle, desde mi casa. La señorita Ralston-Moore lo presenció por casualidad y también vio al asesino. No distinguió su cara, pero sí captó detalles de su indumentaria... Ned, te aconsejo pidas el helicóptero a Robert Mac Bride. Que te lleve al valle, a unos mil metros al sur de mi casa. Allí nos encontraremos. Gracias... Yo también lo siento terriblemente; el pobre Grant era uno de mis mejores amigos...

Wilkinson cerró la radio y se volvió hacia la muchacha.

—No se mueva de aquí —ordenó.

—Espere —dijo ella—. Déjeme acompañarle...

—No hay más que un caballo, señorita.

—Soy fuerte. Puedo bajar a pie.

Wilkinson dudó un instante. Luego agitó la mano.

—Haremos algo mejor —dijo.

Minutos más tarde, Edwina montaba en un hermoso alazán cuatralbo, con una estrella blanca en la frente. Wilkinson se puso a su lado, con un rifle en las manos.

—Sígame —exclamó.

* * *

Cuando llegaron al valle, Edwina se sentía admirada de la fortaleza y reciedumbre de Wilkinson. A pesar de que habían hecho un trayecto en cuesta abajo, Wilkinson había tomado un ritmo de un fuerte trote, de tal modo que incluso el alazán tenía en ocasiones dificultades para seguirle. En el momento en que hacían alto, a unos veinte pasos del cadáver, se oyó el petardeo de un motor.

Wilkinson se destacó hasta una zona despejada, desde donde hizo señales al piloto del helicóptero. El aparato aterrizó a los pocos instantes. Tres hombres saltaron al suelo, uno de ellos provisto de un maletín negro.

Edwina vio a Wilkinson y al comisario conversar en un breve aparte. A los pocos momentos, Bane se acercó a ella y tocó con dos dedos el ala del sombrero.

—Señorita, Geo me ha dicho que usted presenció el asesinato —manifestó—. ¿Puede darme detalles?

—Desde luego, comisario. Lo vi por casualidad; estaba junto al telescopio...

Edwina habló durante unos instantes. Cuando terminó, Bane se volvió hacia el joven.

—No hay duda —dijo—. Fue uno de los Tuckett.

—Es lo que me había imaginado desde el primer momento —respondió Wilkinson.

—Sin embargo, no entiendo el porqué del asesinato... Hay un cepo para osos al otro lado de esos arbustos; pero no es suficiente para asesinar a un hombre que cumple con su obligación. Los Tuckett harían cualquier cosa menos matar a un hombre como Torres.

—Yo diría que, más que para un oso, fue una trampa para un hombre. Está demasiado a la vista, nada disimulada. Incluso vi el brillo del metal cuando bajaba por la ladera. Huele a hombre que apesta y ni el oso más tonto se acercaría a comer el cebo.

—¿Quieres decir que lo hicieron para atraer a Torres y poder asesinarlo a mansalva? —se asombró Bane.

Wilkinson meneó la cabeza.

—No —contradijo—. Pero fíjate en sus ropas y en las mías. No son iguales, aunque sí de un color muy parecido. A Torres, como a mí, no le gustaba demasiado llevar sombrero, salvo en los días crudos del invierno o con demasiado sol. Ahora, ponte a unos setenta pasos de distancia y procura imaginarte a un jinete de rostro moreno, que monta un pinto blanco y negro. ¿En quién pensarías inmediatamente, antes de captar más detalles?

Bane abrió la boca, estupefacto.

—¡Rayos! Lo primero que diría sería: «Ahí va Geo Wilkinson...».

—Exactamente es lo que creyó el asesino, Ned.

—De modo que Torres ha muerto por error... Pero ni aun eso es admisible, porque eras tú la víctima y el tipo, me imagino, se dio cuenta tardé de que había matado al que no deseaba.

—Así sucedió, Ned. Torres murió en mi lugar y... —Wilkinson apretó los puños—. Te juro que el culpable lo pagará, Ned.

Bane levantó una mano.

—Cuidado, Geo. No olvides que hay una ley y que yo la represento en esta región.

—Pero puedo ayudarte a detenerlo, me parece.

—No pondré ningún inconveniente...

El forense llegó en aquel momento.

—Recibió dos balazos, el primero en el costado, que interesó órganos importantes, aunque no vitales. Sin embargo, ya sufrió un fuerte *shock* y perdió toda posibilidad de reacción. El segundo proyectil le atravesó el cráneo. Éste se ha perdido, pero la primera bala sigue dentro. Creo que fue un

30-30,

aunque lo confirmaré después de la autopsia.

—Usted tiene microscopio en su casa, doctor —dijo Bane.

—Sí, comisario.

—Cuando atrape al dueño de ese rifle, dispararé una bala de

prueba y la compararé con la que está dentro del cuerpo de Torres. Mientras tanto, llamaré por radio a mi ayudante y le ordenaré que vaya a detener a los Tuckett. Uno de los dos ha sido y no quiero que llegue la noche con el culpable en libertad.

Bane echó a andar hacia el helicóptero. Wilkinson se volvió y miró a la muchacha.

—No parece que haya llegado a Sittakaw en una época demasiado tranquila —dijo.

—Lo siento terriblemente —murmuró ella—. Nunca me había encontrado en una situación semejante...

—En esta región andan sueltos tipos peores que las fieras —dijo él ceñudamente—. Pero a usted, claro, no la afecta, puesto que es forastera.

Edwina se picó.

—¿No me afecta la muerte de un hombre bueno y decente? —contestó agriamente—. La vida es lo más precioso que tiene toda persona y el que la arrebatara no puede exigir que se le perdone sin más.

—Gracias por pensar así —respondió Wilkinson—. Lo siento —añadió—; esto que ha pasado, me ha afectado terriblemente. Pero, dígame, ¿qué hacía en mi casa cuando se cometió el asesinato?

—Vine a verle a usted, pero me parece que no es el momento adecuado para exponerle los motivos de mi visita. Lo haré cuando se sienta más tranquilo, señor Wilkinson.

El joven asintió. Bane y el piloto del helicóptero llegaban junto al cadáver, con una manta. Edwina se volvió a un lado, porque no podía contener las lágrimas. Apenas había visto a Torres unos minutos escasos y sentía terriblemente su muerte. La imagen del guardabosque, derrumbándose del caballo, mortalmente herido, permanecería muchísimo tiempo en su mente.

CAPÍTULO IV

Edwina detuvo el coche frente al hotel. Wilkinson se apeó del *jeep* en que la había seguido hasta el pueblo. Bane llegaba ya al encuentro de los dos.

—Geo, ya he estado con Lucía Torres —dijo el comisario.

Wilkinson asintió.

—Ahora mismo iré a verla —contestó—. He bajado al pueblo precisamente para ello.

—Mi esposa está con Lucía. Otra noticia: los Tuckett han desaparecido.

Wilkinson torció el gesto.

—Pero sólo uno disparó, Ned.

—Sí, y la desaparición de ambos se debe a que desean confundirnos. El culpable recibirá de este modo la ayuda de su hermano, quien tratará de despistarnos. ¿Sabes?, he pedido a Morty Kender que me deje sus mastines...

Wilkinson hizo un ademán.

—No uses perros —aconsejó—. Ladran y los Tuckett han nacido y vivido en las montañas, y tienen el oído tan fino como los animales salvajes. El mejor medio de alcanzarlos es seguir su rastro, tan silenciosamente como lo haría un puma.

—Lo harás tú, supongo.

—No lo dejaría a otro, Ned.

—Te daré una estrella —dijo el comisario—. Pero con una condición: lo quiero vivo. No por él, que me importa un pepino, sino por ti mismo. No manches tus manos con su sangre, Geo. ¿Sabes por qué lo digo?

Wilkinson asintió.

—Ellos son blancos —contestó.

—Sí.

Edwina contenía el aliento. Ahora comprendía muchas de las cosas que le parecían extrañas en aquel joven. ¡Era un indio!

—Está bien —dijo Wilkinson—. Mañana, al amanecer, me situaré en las inmediaciones de su cabaña y seguiré el rastro.

—Te llevarás un transmisor portátil y, en cuanto veas algo positivo, me llamarás y yo acudiré con el helicóptero. ¿Entendido?

—De acuerdo, Ned.

Bane se marchó. Wilkinson iba a hacerlo también, pero entonces reparó en la muchacha, que permanecía a su lado.

—¿Necesita algo, señorita?

Edwina adelantó un paso.

—Quizá me necesite la señora Torres —contestó.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios del joven.

—Muy bien. Venga conmigo.

Edwina se emparejó con el joven. Al cabo de unos segundos, habló:

—Me... me gustaría decirle una cosa... Si no le agrada, dígamelo con toda franqueza... Quiero que sepa que no trato de ofenderle...

—¿Es algo ofensivo?

—Quizá lo crea usted así, señor Wilkinson. ¿E... es cierto que usted es... tiene... sangre india?

—Sioux, para ser más exactos —contestó él apaciblemente—. Y no me ofende, sino que, al contrario, me siento orgulloso de serlo.

—No es bueno renegar de los orígenes —dijo la muchacha.

Wilkinson pareció sorprenderse de aquella respuesta, pero no hizo el menor comentario. Con suavidad, asió el brazo de Edwina y la hizo caminar. Ella se sintió extrañamente contenta al notar aquel contacto, aunque sabía que aquel hombre era su enemigo en determinados aspectos.

Hank Norris, el ayudante del comisario, estaba haciendo la ronda nocturna en la población. Llevaba una linterna en la mano izquierda y, de cuando en cuando, examinaba la puerta de alguna casa o de algún establecimiento y comprobaba que estuviese bien cerrada.

El silencio era total. La mayoría de los habitantes de Sittakaw estaban ya durmiendo. Sólo se veían luces en un edificio aislado, situado en una amplia explanada. A Norris, como a su jefe, no le

gustaba *The Silver Ring*, pero debía admitir que en aquel local no se realizaban acciones contrarias a la ley. Sin embargo, desconfiaba de su dueño.

Pero hasta ahora no tenía quejas de la pandilla. El negocio era legal y tenía todas las bendiciones del alcalde y sus concejales. Norris llegó a la explanada, en tinieblas en aquellos momentos, y dudó si echar un vistazo al interior de *The Silver Ring*. Encontraría algunos noctámbulos y unas cuantas chicas, unas y otras sumidos en un profundo aburrimiento, aunque intentasen demostrar lo contrario.

De repente, vio surgir una sombra del bosquecillo situado a espaldas del edificio. El hombre corría cautelosamente y llevaba algo brillante en las manos.

Norris saltó inmediatamente detrás de una camioneta ligera y avizó al sujeto, cuyo comportamiento se le había hecho sospechoso de inmediato. Inesperadamente, un coche, que llegaba a la población en aquel momento, alumbró al sujeto con sus faros.

La visión duró una fracción de segundo, pero a Norris le fue más que suficiente para reconocer las facciones del individuo. Inmediatamente, lanzó un grito:

—¡Tuckett, alto!

El hombre, enormemente sorprendido, se volvió.

—Separa las manos del cuerpo, Negro Tuckett —continuó Norris —. Voy a arrestarte por...

Súbitamente, la cosa brillante que Tuckett llevaba consigo emitió un sonoro fogonazo. Norris saltó a un lado, a la vez que desenfundaba su revólver.

Tuckett disparó otra vez. La bala pegó en la carrocería de la camioneta y rebotó con estridente chillido. Norris devolvió el fuego. Disparó tres o cuatro veces, en rápida sucesión. De pronto, Norris lanzó un grito ahogado, extendió los brazos, saltó hacia atrás y cayó de espaldas.

En el interior del club sonaron gritos. Norris encendió la linterna y avanzó cautelosamente hacia el caído. Tuckett, advirtió bien pronto, no se movía. Pero sabía que era un tipo muy astuto y no debía confiarse, hasta tener la seguridad de que no volvería a ser atacado.

Segundos más tarde, supo que Tuckett ya no se levantaría más.

Tenía un balazo en el pecho y otro en el pómulos izquierdo. El rifle que había usado contra el comisario yacía a dos pasos de distancia.

La gente salió del local. En la trasera se encendieron algunas luces. Un par de hombres acudieron a la carrera. Barton era uno de ellos.

—Comisario, ¿qué ha sucedido? —exclamó.

—Intenté detener a este hombre y me atacó —repuso Norris—. Señor Barton, ¿tiene la bondad de llamar al comisario?

—Sí, claro... Ahora mismo...

Harry Cook contemplaba el cadáver en silencio. Contratar a los Tuckett no había servido de nada, se dijo amargamente.

* * *

Bane extendió los billetes sobre la mesa y dejó que los contemplase el hombre que tenía frente a sí.

—Quinientos dólares, Geo —dijo—. Negro Tuckett no había tenido tanto dinero junto en todos los días de su vida.

—¿Se lo encontraste al registrarlo? —preguntó Wilkinson.

—Sí. Lo que no me explico es qué diablos iba a hacer en el local de Barton. Estaba ya a punto de llegar, cuando fue sorprendido por Norris.

—Puede que no se dirigiera a ese sitio, Ned.

—Sí, tal vez, pero yo no me fío demasiado. Tengo informes de otros tiempos de Barton y no son buenos. Por otro lado, los Tuckett han llevado a Barton pieles en más de una ocasión. Conseguidas ilegalmente, claro.

—Entonces, cabe presumir que eran bastante amigos y que, en vista de sus problemas, iba a pedirle ayuda.

—Eso es lo que yo sospecho. Tuckett se dio cuenta de que no iría muy lejos con quinientos dólares y, seguramente, fue a pedirle un préstamo. Pero no podremos demostrarlo nunca.

—Pregúntale al otro hermano, Ned —aconsejó Wilkinson.

—Se cerrará en banda —vaticinó el comisario—. Rizos es tan salvaje como el que ha muerto. No querrá decir nada. En fin, por lo menos, el asesino del pobre Torres ha recibido lo que se merecía.

—¿Seguro que fue Negro?

—Hombre, llevaba el rifle

30-30,

disparó cuando Norris le dio el alto... Un hombre inocente no se comporta de esa forma, me parece.

—Los dos hermanos serán muy semejantes en lo físico, a pesar de no ser gemelos. Sí, tendrás que dar el caso por cerrado; pero, en el fondo, nunca sabremos si lo hizo Rizos o fue el muerto el que asesinó al pobre Torres.

—Como sea, tendré bajo vigilancia a Rizos y pobre de él si se desmanda. Geo, voy a cambiarme de ropa; he de asistir al entierro de Grant. Vendrás tú también, supongo.

—Es lo menos que puedo hacer —contestó el joven.

Y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, pareció captar un detalle que se le había pasado por alto. Volvióse en redondo y miró al comisario.

—Ned, esos quinientos dólares... ¿crees que los recibió como pago por asesinarme?

—No me extrañaría en absoluto, Geo —respondió Bane.

* * *

Fue una ceremonia muy triste, a la que asistió la casi totalidad de la población. Torres había sido católico y fue el padre O'Hara,

irlandés, el que ofició las exequias correspondientes. Situada en un lugar discreto, Edwina pudo ver a Wilkinson en el cementerio, sosteniendo a la afligida viuda, que parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro.

El sacerdote rezó las últimas preces y el ataúd fue descendiendo a la tumba. La señora Torres lanzó un grito desgarrador y se derrumbó de golpe. Wilkinson la sostuvo en brazos. El médico corrió hacia allí y examinó a la mujer.

—Será mejor que la lleven a casa. Anoche le entregué un sedante; denle otra dosis cuando despierte del desmayo.

—Yo me encargaré de ello, doctor —dijo la señora Bane—. Geo, llévala a su casa.

—Sí, ahora mismo.

Edwina siguió al joven a prudente distancia y lo vio entrar en la casa del guardabosque, acompañado por la esposa del comisario y

otras dos mujeres. Se preguntó si sería el momento oportuno para hablarle del asunto que les afectaba a los dos, pero no tardó en llegar a la conclusión de que todo intento en este sentido sería aún prematuro.

Al cabo de un rato, Wilkinson apareció de nuevo. Subió a su *jeep*, lo puso en marcha y arrancó a toda velocidad con rumbo desconocido para la muchacha.

A Edwina le habría gustado saber adónde iba el joven, pero no tenía medios de averiguarlo, por lo que, resignada, decidió volver al hotel. Al día siguiente, confiaba, podría hablar con Wilkinson.

Mientras, el joven había salido de la población, pero, a unos mil metros, se metió por un camino secundario, en muy mal estado, que terminaba a menos de dos kilómetros, en una pequeña explanada, en la que se veía una vieja cabaña.

Un perro, atado a una oxidada cadena, le ladró furiosamente. Wilkinson ignoró al animal y se acercó al edificio. Levantó el pie y la puerta saltó hecha trizas.

La cabaña estaba vacía. Sin la menor consideración hacia su dueño, Wilkinson empezó a registrarlo todo, con rapidez, lanzando al suelo los objetos que le estorbaban. Media hora más tarde, dio por finalizado el registro, sin haber encontrado lo que buscaba.

Miró a su alrededor. En el suelo no se apreciaban señales de haber sido levantada tabla alguna para esconder alguna cosa. De pronto, se fijó en un pequeño barril que había sobre un soporte, encima de una desvencijada consola.

El barril tenía espita y un ancho tapón en la parte superior. Lentamente, Wilkinson se acercó al tonelete y, de súbito, levantó el tapón.

En la parte inferior, había un ganchito, al que estaba sujeto un fino cordel. Wilkinson siguió tirando y así sacó una bolsita de plástico, herméticamente cerrada, en cuyo interior vio un rollo de billetes, atados con una gomita.

De pronto, cuando todavía dudaba acerca de lo que debía hacer, oyó una voz en la puerta:

—¿Qué diablos está haciendo en mi casa? —gritó Rizos Tuckett.

CAPÍTULO V

Wilkinson hizo oscilar el dinero al extremo del cordel. Todavía se desprendían algunas gotas de aguardiente de la bolsita impermeable.

—Aquí hay quinientos dólares —dijo—. Una cantidad igual a la que llevaba Negro cuando lo mató el comisario. ¿De dónde la has sacado?

—Vendimos algunas pieles y repartimos el importe por mitad —contestó Tuckett—. Pero, maldita sea, no tiene derecho a registrar mi casa...

Wilkinson tiró el dinero a un lado y avanzó hacia el sujeto.

—Tuckett, ahora mismo vas a liar el petate y abandonarás la comarca para siempre. Si no lo haces, juro que te mataré, ¿me has oído? No creo en absoluto lo de la venta de las pieles; pienso mejor que alguien os pagó por asesinarme. Uno de los dos tenía que hacerlo, el que me pillase más a mano... y fue el canalla de tu hermano que, además, se equivocó y mató al pobre Torres. Me imagino quién os pagó por mi muerte... pero no quiero seguir hablando sobre el asunto. Arregla tus cosas y lárgate. Ahora mismo, ¿me oyes?

El rostro de Tuckett se inflamó.

—Tú, un maldito indio... me estás dando órdenes a mí, un hombre blanco...

Tuckett no pudo continuar. El puño de Wilkinson se disparó con indescriptible violencia. Tuckett salió catapultado a través de la puerta, rompió la barandilla de la vieja terraza y cayó al suelo sin sentido.

Wilkinson se puso a trabajar de inmediato. Puso algunas prendas de ropa en una sucia bolsa, que arrojó junto al caído. Luego fue al

perro, lo desató y le acarició la cabeza un momento. El animal gemía, acobardado.

—Estarás mejor suelto por los bosques —dijo—. Al menos, no te maltratará esa fiera de dos patas. Anda, vete.

El perro huyó. En la parte posterior de la casa había un gallinero. Liberó a las gallinas y luego entró en el edificio por la parte posterior.

En la cocina encontró una damajuana de barro con petróleo. El recipiente se rompió en mil pedazos al chocar contra el suelo. Wilkinson sacó un fósforo, lo encendió e, inmediatamente, lo lanzó contra el petróleo, que se inflamó con súbita llamarada.

Saltó hacia atrás. Había un viejo cobertizo y entró en él, llevándose todos los cepos y trampas que estaban colgados en las paredes, los cuales depositó momentos más tarde en su *jeep*.

Tuckett empezaba a despertarse. Wilkinson lo agarró por debajo de los sobacos y lo sentó en la cabina de su vieja camioneta, que parecía ir a romperse en mil pedazos en cualquier momento. Trajo la bolsa con el equipaje y aguardó a que Tuckett recobrase el sentido.

Al cabo de unos momentos, Tuckett abrió los ojos.

—¡Mira! —gritó Wilkinson—. Mira lo que he hecho con tu pocilga. Ya no podrás vivir aquí, aunque quieras. Te lo advierto por última vez, Rizos: abandona la comarca o te lo haré pagar caro.

La cabaña ardía en pompa. Ya no había fuerza humana capaz de detener el incendio. Tuckett lanzó una espantosa blasfemia, pero el autor de aquel desastre ya no le oía.

* * *

Dormía profundamente, cuando, de pronto, le despertó alguien que le sacudía con fuerza por un brazo.

—Jefe... Vamos, despierte... Rizos Tuckett está aguardando abajo...

Barton se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—¿Tuckett? —repitió, todavía aturdido—. ¿Qué diablos quiere ese tipo?

—No lo sé, pero a mí me ha dado un susto de muerte. Entró sin que lo notase y...

Barton abandonó el lecho y se puso una bata.

—Está bien —dijo—. ¿Le ha visto alguien?

—No... Pero si son las cuatro de la mañana, jefe. No hay un alma por las calles... y Rizos no iba a ser tan tonto como su hermano...

—Maldito Negro —se quejó Barton—. Estuvo a punto de meternos en un buen compromiso... No hizo lo que le ordené y, además, debía de venir a pedir más dinero...

Momentos después, descendían a la planta baja. Tuckett estaba sentado a una mesa, consumiendo sombriamente parte del contenido de una botella. Ni siquiera abandonó su actitud al ver llegar a los dos hombres.

—Habla, Rizos —dijo Barton.

—Wilkinson me ha ordenado abandonar la región —declaró Tuckett.

—Vaya... ¿Tiene autoridad para ello?

—Tiene puños. Me ha quemado la casa. Los quinientos dólares que me dio usted han ardido también.

—He perdido quinientos dólares —dijo Barton fríamente—. Eso es todo, Rizos. Ya puedes largarte...

—¡Espere! Aún no he terminado de hablar. Puedo liquidar a Wilkinson.

—Como lo hagas tan bien como el imbécil de tu hermano... En menudo lío se metió, al matar al guardabosque.

—Negro se equivocó. Un error lo tiene cualquiera, ¿no?

Barton decidió armarse de paciencia.

—Está bien. ¿Qué quieres, Rizos?

—Mil dólares y le libraré de sus problemas.

—No creas que soy tonto...

—Aguarde, maldita sea. No le pido el dinero por anticipado. Pero cuando haya recibido la noticia de la muerte de Wilkinson, usted me pagará esa suma. No tema, no vendré aquí para no ponerle en un compromiso. Usted dejaría ese dinero en el hueco del roble muerto que hay a doscientos pasos antes de llegar a mi cabaña. ¿Le parece bien?

Barton reflexionó unos instantes.

—Acepto —dijo al cabo—. Alguien dejará allí los mil «pavos», pero sólo cuando sepa a ciencia cierta que Wilkinson está muerto.

Tuckett despachó el último trago y se puso en pie.

—Después de que haya muerto ese sucio piel roja, usted tendrá veinticuatro horas para pagarme. Pasado ese plazo... yo perderé el dinero, pero usted acompañará a Wilkinson al infierno.

Tuckett ya no dijo nada más. Giró sobre sus talones y se encaminó con paso firme hacia la puerta.

Barton se estremeció.

—Ese sujeto me da miedo —confesó.

—Si no estuviéramos donde estamos, Tuckett no habría durado ni diez segundos —fanfarroneó Cook.

—Mejor que acabe con Wilkinson y se largue de aquí para siempre —dijo Barton, maldiciendo entre dientes del importuno que había venido a despertarle en lo mejor de sus sueños.

* * *

Detuvo el coche y se acercó a la cabaña. Como de costumbre, la puerta no estaba cerrada con llave. Abrió, asomó la cabeza y lanzó un grito:

—¡Señor Wilkinson!

El silencio fue la única respuesta que recibió. Edwina entró, cerró maquinalmente y se encaminó a la terraza.

—Habrá salido —murmuró.

Fue a la cocina y preparó café. Luego, con una taza en las manos, se sentó en la terraza y se abstraigo en la contemplación del paisaje.

Wilkinson, se dijo, tenía poderosos motivos para no vender. Pero ¿no era más importante el progreso? Además, recibiría una suma elevadísima, que le convertiría en un hombre muy rico... No comprendía que una persona pudiera rechazar semejante fortuna, sólo por el placer de no perder un hermoso panorama.

—Hay otros sitios en el país, donde podría construir la cabaña...

De pronto, creyó oír ruidos en el exterior.

Wilkinson había vuelto, dedujo. Seguramente, habría comprado provisiones en el pueblo y pensó que un gesto por su parte, al ayudarlo en la descarga, sería interpretado como síntoma de buena voluntad.

Se levantó, abandonó la terraza y cruzó la sala. Abrió la puerta,

contempló durante una fracción de segundo la gigantesca forma que había en el umbral y cerró de golpe.

—Dios mío... —jadeó, con la espalda apoyada en la puerta.

El oso empujó desde afuera. Aterrada, Edwina se dio cuenta de que no había barra de seguridad. No podría resistir el empuje de la formidable bestia...

De pronto, se oyó una voz fresca y vibrante en el exterior:

—«Hock», condenado tonto, ¿cuántas veces he de decirte que no entres en la casa? Quieres miel, ¿verdad? Espera y ahora te traeré un tarro entero, maldito goloso...

Edwina lanzó un chillido:

—¡Señor Wilkinson, no lo deje entrar! Estoy aquí...

Sonó una exclamación de sorpresa. Luego, ella oyó una alegre carcajada.

—Siga ahí —gritó el joven—. Voy a deshacerme de «Hock»; en seguida estoy con usted.

Wilkinson apareció a poco, entrando por la puerta trasera. Edwina se dio cuenta de que tenía las ropas sucias de tierra.

—Perdone mi apariencia —se disculpó él—. Estuve trabajando por ahí... Además, me encontré con un gamo que tenía una pata rota y perdí mucho tiempo entablillándosela...

Edwina tenía la boca abierta.

—No me diga que también es veterinario —exclamó.

—Oh, no, pero tampoco es difícil lo que he hecho. Además, era una fractura limpia; de lo contrario, habría rematado al animal, para que no padeciese. Y hubiéramos tenido pierna de venado para la cena. ¿Me permite que vaya a asearme un poco?

—Claro —sonrió Edwina—. Oiga, hice café...

—Estupendo —contestó él, con su inseparable sonrisa.

Wilkinson volvió un cuarto de hora más tarde, habiéndose cambiado de ropa, tras una rápida ducha. Edwina le entregó una taza de café.

—Ya me he enterado de lo que hizo con el otro Tuckett —dijo.

Wilkinson la miró fijamente.

—¿Qué opina usted? —preguntó.

—¿Tenía derecho a hacerlo?

Hubo un instante de silencio. Luego, Wilkinson contestó:

—A veces, un puma se envicia y empieza a matar animales, sólo

por sorberles un poco de sangre. No es corriente, pero ocurre en ocasiones. Tuckett era un puma viciado.

—Quiere decir que debe ser exterminado.

—No, simplemente, expulsado de la región.

—Sólo porque a usted no le cae simpático.

—A mí, al comisario y al noventa por ciento de las gentes de Sittakaw. Y, además, nunca sabremos si fue él o el otro quien asesinó a Torres. Eran dos hermanos muy unidos, un sentimiento nobilísimo, cuando se aplica a hacer el bien. Cuando esa unión es para el mal, resulta nefasta.

—Y el mal se cura con la destrucción de sus propiedades y una orden de expulsión.

—Su cabaña se incendió accidentalmente y él ha decidido abandonar la comarca por propia voluntad —contestó Wilkinson sin pestañear.

—Está bien —dijo Edwina—. No quiero seguir discutiendo más sobre el tema. Hablemos de lo nuestro. Señor Wilkinson, mi padre sube su oferta en un veinte por ciento. ¿Qué me contesta?

El joven volvió a ponerse café en su taza. Bebió un poco y luego sonrió.

—Señorita... Bueno, mejor Edwina, si no tiene inconveniente.

—No, no lo tengo, Geo. ¿Qué iba a decirme?

—¿Tiene mucha prisa?

—Pues... no sé qué decirle...

—No la tiene. Esta clase de negocios requieren mucha reflexión; es preciso meditarlo a fondo, antes de tomar una decisión.

—Mi padre ya la ha tomado, Geo —protestó ella.

—Y por eso la envió a usted, como mensajero personal, vistos los fracasos sufridos por su asesor legal, el abogado Brawson.

—Ah, ha hablado con Brawson...

—Si, en un par de ocasiones. Fue el primero que mencionó el asunto y tuvo que marcharse con las orejas gachas. No quiero que eso suceda con usted, Edwina.

—Entonces, ¿piensa acceder?

—No. Lo que quiero es que se vaya persuadida de mis razones. Entonces, se sentirá tan orgullosa como yo de haber evitado la destrucción de Skyview.

Ella se mordió los labios.

—Si no entiendo mal, me propone que pase una temporada en la comarca, hasta conocerla mejor —dijo.

—Exactamente —confirmó él.

—¿Y si no logra convencerme?

Wilkinson meneó la cabeza.

—Lo lamentaré por usted —respondió.

—Perfectamente —dijo ella—. ¿Cuándo empieza el período de persuasión?

Wilkinson sonrió.

—Voy a hacerle una proposición —respondió—. ¿Se siente con ánimos para madrugar mañana y llegar aquí todavía de noche, antes de que salga el sol?

—Lo intentaré —contestó la muchacha.

—Venga —solicitó él—. Tendré preparados los caballos y comida para todo el día. Le prometo una jornada inolvidable.

Edwina sonrió.

—Me pasa ahora lo mismo que cuando era niña y me prometían un viaje atractivo. En toda la noche de la víspera, no podía pegar ojo... y creo que hoy me sucederá una cosa parecida.

—Procure dormir bien; la jornada será hermosa, pero dura y fatigosa —dijo Wilkinson.

CAPÍTULO VI

Los caballos se detuvieron a pocos pasos de la cascada. Aún hacía fresco y Edwina llevaba subido el cuello de piel de su chaquetón. Wilkinson la ayudó a desmontar.

—Venga —murmuró.

Hacia el este, por encima de la cresta de una altísima montaña, se divisaba un rojizo resplandor. Llevándola de la mano, Wilkinson la condujo hasta situarse al pie de la cascada, en un punto donde el agua era casi vapor, convertidos los chorros de aguas en miríadas de partículas debido a la altura desde la que caían.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó la muchacha.

—Espere, por favor.

Edwina se dio cuenta de que la cascada estaba entre ellos y la montaña que ocultaba el sol. El agua parecía de color de rosa, pero, casi de repente, tomó un pronunciado color rojo.

A los pocos momentos, el rojo perdió intensidad y se transformó en amarillo vivísimo. Luego, a medida que el sol ascendía en el horizonte, el agua adquiría una serie de colores constantemente cambiantes, como si en el astro rey hubiese reflectores policromos. A veces, le parecía que el vapor en que se convertía la cascada, era una gasa que variaba de tonalidades sin cesar y agitada por el viento invisible.

Pasados unos momentos, Edwina se volvió hacia el joven.

—Usted... lo sabía...

—Desde niño —sonrió él—. Mi padre me traía aquí muchas veces. Él me enseñó a vivir con la Naturaleza y admirar sus obras maestras.

—¿Admirar o adorar? —preguntó Edwina maliciosamente.

—No soy un adorador del sol o de los animales o de las plantas,

pero sí sé comprender y venerar su presencia entre nosotros — respondió Wilkinson gravemente—. ¿Acaso piensa que, por ser indio, he de ser también idólatra?

—Bueno, yo no quise decir tanto...

El joven hizo un gesto. Luego señaló un punto con la mano.

—Mire, allí está Skyview. ¿Por qué destruir una cosa tan bella?

—Hombre, si se hace con cuidado, quizá no sería preciso tocar la cabaña...

—No. La veta principal y más rentable está, precisamente, en ese costado de la montaña. ¿Sabe la cantidad de árboles que morirían si esos proyectos se llevasen a cabo? Pero eso no es todo, Edwina. Mire el río. ¿Qué es lo que ve?

—Aguas claras, transparente...

—Y, mañana, rojizas, enfangadas, pestilentes, a causa de los detritus que llegarían constantemente de la montaña. ¡Mire! — exclamó de pronto.

Edwina volvió la cabeza. A trescientos metros de distancia, un rebaño de gamos abrevaba en un remanso del río.

—Esos pobres animales morirían... y también muchos otros, y los peces, y la atmósfera perdería su transparencia...

—Pero el progreso es necesario, Geo —exclamó ella.

Wilkinson meneó la cabeza.

—No al precio de la destrucción de esta región —contestó severamente—. De todos modos, aún no hemos terminado la excursión. ¿Seguimos?

Los caballos ascendieron un centenar de metros, en sentido oblicuo. Atravesaron después una pequeña cañada y, al salir de un bosque de pinos, se encontraron en el borde del lago.

Edwina se apeó, estática, arrobada por la belleza del paisaje. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven. —Y todo esto es suyo— dijo.

—Sí —respondió Wilkinson escuetamente.

* * *

Los caballos, maneados, pastaban libremente no lejos del río. Sentados a la sombra de los álamos, consumían parte de las provisiones que Wilkinson había llevado consigo.

—Usted tenía razón —dijo Edwina—. Jamás olvidaré este día.

—Lo celebro —sonrió él.

—Y usted puede hacerlo siempre que quiera...

—También trabajo, no se vaya a creer.

—¿Trabaja?

—Estudio, entre otras cosas.

—Geología, supongo.

—Sí. No es que me atraiga demasiado, pero me interesa.

—Sé que ha estado ausente dos años —dijo la muchacha—.

¿Qué hizo en ese tiempo?

—Estudiar geología, en Alemania e Inglaterra.

—Pero si no va a tocar su propiedad... ¿de qué puede servirle la geología?

—Para que no me engañen, entre otras cosas.

Ella le miró oblicuamente.

—Usted piensa que nosotros tratamos de engañarle.

—Quizá algo más, Edwina. Pero no la culpo a usted, naturalmente.

—¿Cómo?

—Alguien pagó a los Tuckett para que me quitaran de en medio. No está comprobado, pero los indicios son más que suficientes para pensar en la posibilidad de un crimen pagado.

Edwina se sulfuró.

—Geo, mi padre no ha recurrido jamás a esos métodos —contestó airadamente—. Podrá tener sus defectos, como todo el mundo, e incluso admito que es ambicioso, pero jamás pagaría a un hombre para que le quitase la vida a otro. Puede creermelo o no, pero yo le conozco bien y sé que jamás haría una cosa semejante.

Wilkinson se quedó parado un instante.

—No cabe dudar de sus palabras —murmuró—. Pero, entonces, ¿quién fue?

—¿Por qué no se lo preguntó a Tuckett?

—Debo ofrecerle mis disculpas. No se lo pregunté, porque creí que había sido su padre...

—¿Y fue capaz de pensar que se entrevistó con esos matones?

—Oh, no; lo habría hecho por medio de personas interpuestas...

—Repito que él jamás ha hecho una cosa así, ni por sí ni por mediación de otras personas.

—Entonces, puede que su padre tenga competidores.

Edwina se sobresaltó.

—No se me había ocurrido semejante posibilidad —contestó.

—Hable con él —aconsejó Wilkinson—. Convendría que todos saliéramos de dudas.

—Sí, lo haré. Geo, creo que empiezo a adivinar su táctica.

—¿De veras?

Ella sonrió.

—Usted quiere que yo llegue a apreciar estas tierras, para que acabe por persuadir a mi padre de que desista de su empeño.

Wilkinson no dijo nada. Edwina captó una chispa de malicia en sus claras pupilas.

—Eso es lo que se llama un ataque por el flanco, ¿verdad? —añadió.

El joven seguía sonriendo en silencio. De pronto, Edwina captó un brusco cambio de expresión en su rostro.

Wilkinson se puso en pie. Ella le imitó y volvió la cabeza, para mirar en la misma dirección.

Un segundo después, lanzaba una exclamación de sorpresa al ver la columna azulada que se elevaba rectamente en la clara atmósfera de las montañas.

* * *

Wilkinson reaccionó. Fue a uno de los caballos, descolgó la funda de los prismáticos y los asestó hacia la humareda, que se divisaba a unos dos mil metros, en el fondo de una pequeña hondonada, situada, sin embargo, en las inmediaciones de la cúspide de una loma.

—¿Ve algo? —preguntó ella ansiosamente.

—Alguien ha encendido ese fuego y precisamente en la única zona peligrosa de estas tierras —contestó Wilkinson.

—¿Quiere decir que podría producirse un incendio forestal?

—Sí, justamente. Es una ladera cubierta de árboles viejos, secos ya muchos de ellos. Todavía estamos en primavera y los troncos estallan de savia nueva, lo que hace difícil la propagación del incendio en el resto de las montañas. Pero no en esa ladera, precisamente, el único lugar en cien millas a la redonda donde

realmente existe riesgo de un fuego en el bosque.

—Por el momento, sin embargo, no parece que el fuego se vaya a extender —dijo la muchacha.

—El fuego es siempre impredecible. Tal vez ahora está calmado, porque no sopla el viento, pero con una ligera brisa...

Wilkinson bajó los prismáticos.

—Será mejor que vaya a ver —dijo—. Usted quédese aquí; no tardaré mucho.

Edwina asintió, pero le pidió los prismáticos. Wilkinson fue a su caballo y le liberó de las maneas. De repente, oyó un grito de la muchacha:

—¡Geo, veo un hombre junto al fuego! ¡Lo está avivando; ahora arroja más ramas secas a la hoguera!

Wilkinson se volvió súbitamente.

—¿Un hombre? —repitió.

—Sí, pero no sé quién es...

El joven se separó de su caballo.

—Eso es una trampa —dijo.

—¿Cómo?

—Quieren que vaya allí, para sorprenderme.

—¿De veras, Geo?

Wilkinson usó de nuevo los prismáticos. Al cabo de unos segundos, exclamó sordamente:

—¡Tuckett! Otra vez ese maldito rufián...

—¿Cree que le aguarda allí para asesinarlo?

—Tiene muchas cuentas que ajustar conmigo —respondió Wilkinson ceñudamente—. Durante años enteros, los he echado de mis tierras, los he perseguido por cazar con trampas... y, por si fuese poco, Negro está muerto, por mi culpa, según debe pensar su hermano vivo.

—Usted no es culpable...

—Para un hombre ruin y rencoroso, lo soy. Pero no le voy a dar el placer de caer en la trampa que me ha tendido. Rizos cree que yo soy la pieza y él es el cazador. Veremos quién caza a quién, Edwina.

La muchacha se sintió repentinamente aprensiva.

—No, no lo haga, Geo —exclamó—. No le dé ocasión para que luego un día puedan acusarle de haber cometido un crimen. Déjele que espere en vano...

Wilkinson se volvió lentamente hacia la muchacha.

—¿Usted me aconseja que haga eso? —preguntó.

—¿Y por qué no? ¿Qué le hace pensar que puedo desearle un mal?

—No sé... Tal vez así los problemas del señor Ralston-Moore se solucionarían con más facilidad.

—Oh, Geo, no sea estúpido. Lo que está pasando no tiene nada que ver con nuestros conflictos. Usted puede estar equivocado, pero no por eso deja de ser un hombre decente y honesto.

—Gracias —sonrió Wilkinson irónicamente—. De todos modos, creo que puedo solucionar este asunto con un poco de ingenio, sorprendiendo a Tuckett de la forma que no espera.

Entre el equipo que había llevado para la excursión, figuraba un transmisor portátil, por medio del cual, en pocos segundos, se puso en contacto con Bane.

—Ned, necesito a Mac Bride y su helicóptero. ¿Puedes decirle que vaya a la explanada de Skyview?

—Lo siento, Geo. Mac está en el hospital. Tiene un balazo en la pierna —contestó el comisario.

—¡Rayos! ¿Quién le ha disparado?

—Eso es lo que me tiene confundido. Según parece, durante la noche pasada, Mac creyó oír ruido en el cobertizo. Se levantó a investigar y un desconocido le pegó un tiro, escapando luego antes de que pudieran atraparlo. Y lo más raro de todo, es que no era un ladrón, porque no le faltaba nada, ni siquiera un tornillo en su taller. Pero ¿para qué demonios quieres el helicóptero?

—Ned, Tuckett me está aguardando en la cañada de Little South Hill. Ha encendido un fuego, precisamente en la zona peor, y piensa que, al no estar ya Torres, yo iré a procurar apagar el fuego.

—Ese bastardo no ceda... Oye, llegar ahí es endemoniadamente difícil. Incluso tendrías que dejar el caballo a mitad de la ladera.

—Exacto. Pero al otro lado hay un trozo despejado, donde podría aterrizar el helicóptero... Está bien, Ned, no he dicho nada; ya procuraré arreglármelas como pueda.

Inesperadamente, Wilkinson sintió que le arrebataban el transmisor.

—Comisario —dijo la muchacha—, soy Edwina Ralston-Moore. Le parecerá increíble, pero tengo licencia para pilotar helicópteros.

¿Puede pedirle permiso a Mac Bride para que me deje utilizar el suyo?

Wilkinson tenía la boca abierta. Al otro lado de las montañas, Bane lanzó una interjección de sorpresa.

—Pues... Señorita, lo intentaré...

Edwina se volvió hacia el joven.

—Geo, ¿cuánto tardaríamos en llegar a la casa de Mac Bride?

—Bien, si nos apresuramos un poco, tres cuartos de hora hasta la cabaña de Skyview. Allí tenemos coches... y hay veinte minutos hasta Sittakaw. Algo más de una hora, Edwina.

—Tuckett no tiene prisa. Parece dispuesto a esperar lo que sea con tal de cazarle a usted.

—Sí, es lo que yo opino también.

Edwina volvió a hablar por la radio:

—Comisario, hable con Mac Bride. Dentro de sesenta y cinco minutos, el señor Wilkinson y yo estaremos en Sittakaw —dijo rotundamente.

CAPÍTULO VII

Probó los instrumentos, dio el contacto, aguardó a que el motor se calentara un poco y luego maniobró en los controles. El helicóptero se elevó raudamente. Edwina lo orientó primero hacia Skyview.

—Deberá indicarme la ruta, Geo. Usted conoce bien las montañas...

Wilkinson examinó el altímetro y el indicador de rumbos.

—Tiene que ganar la cota de los tres mil metros, en relación con el nivel del mal. Desvíese veinte grados al oeste —dijo al cabo.

—Está bien.

Wilkinson observó de reojo a la muchacha, quien parecía sentirse a sus anchas pilotando el aparato. Lo hacía muy bien, apreció, con entera naturalidad, sin el menor signo de tensión nerviosa.

—¿Cómo se le ocurrió aprender a pilotar? —preguntó, pasados unos minutos.

—Bueno, fue... una temporada que no tenía mucho trabajo... Me aburría y... Además, tenía un pretendiente que poseía una compañía de transportes aéreos por helicópteros.

—Y le indujo a aprender.

—Sí. Decía que la esposa de un piloto de helicóptero, debía estar dispuesta a ayudar a su marido en un momento crítico.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no se casó con él?

Edwina rió amargamente.

—Tenía dos esposas más —contestó.

—¿Mormón?

—Oh, enamorado del matrimonio. Su compañía disponía de tres helipuertos. Tenía ya dos esposas en sendos helipuertos, las cuales, lógicamente, le aguardaban después de cada viaje.

—Y necesitaba la tercera esposa para el tercer helipuerto —sonrió Wilkinson.

—Los hijos, a veces, echamos pestes de los padres, pero en esta ocasión, al menos, yo tengo que agradecer al mío su sentido de la desconfianza hacia su futuro yerno. Hizo que lo investigasen y las dos esposas salieron a relucir. Ahí acabó todo, Geo.

—¿Dura la herida o ha cicatrizado ya?

—Curó muy pronto. Era un hombre muy atractivo, conquistador, terriblemente seductor... Pero, salvo en lo que se refería a su trabajo, completamente vacío por dentro.

—Entonces, lo ha olvidado.

—Por completo. ¿Vamos bien, Geo?

Wilkinson tendió una mano.

—Atraviese ese valle —dijo—. Descienda luego unos doscientos metros, muy despacio. Ya le indicaré a continuación.

El aparato atravesó raudamente una pequeña cañada y desembocó en un espacio abierto. Edwina miró una vez hacia abajo y vio correr una manada de gamos, sin duda asustados por el ruido del motor.

—Ahora, doble ese saliente rocoso. Decelere, estamos llegando.

Ella asintió. El helicóptero perdió velocidad. Con el rabillo del ojo, Edwina pudo ver al joven que preparaba un rollo de cuerda. Se sintió aprensiva; bajo sus pies, Wilkinson tenía un rifle de cañón pulido y brillante.

—Ahí, en ese prado —indicó el joven.

Edwina se aprestó a la maniobra. Cuando el helicóptero descendía ya, Wilkinson se volvió hacia ella.

—El rifle es para usted. Sabrá manejarlo, supongo.

—Un poco...

—Si ve que se acerca alguien sospechoso, tire primero al aire. Luego apunte al cuerpo —aconsejó Wilkinson.

Los patines del helicóptero estaban ya a un metro del suelo, cuando Wilkinson abrió la portezuela y saltó fuera, echando a correr sin más hacia el bosque cercano. Edwina paró el motor y quedó en la carlinga, llena de temores por lo que pudiera ocurrir.

Después de la detención del motor, se hizo un silencio total. Edwina supo así que era el silencio de la naturaleza, un ambiente que no se podía imitar ni reproducir artificialmente. De pronto, se

dijo si valía la pena destruir aquellos parajes en aras de un pretendido progreso. ¿Iban a tener más o sería mayor su felicidad si conseguían comprar Skyview?

* * *

Wilkinson corrió hacia el bosque, al otro lado del cual había visto la humareda. Agazapado detrás de un árbol, Tuckett le apuntaba con el rifle, dispuesto a hacer fuego en el momento más conveniente.

A Tuckett no le importaba el helicóptero. Bastarían luego un par de disparos, para inutilizar al aparato. El piloto no podría perseguirle después y tendría que regresar a pie a Sittakaw, cosa que podía costarle una jornada entera, suponiendo que conociese bien el camino. Era Wilkinson la pieza codiciada, y ahora tenía más motivos que nunca. Le había quemado la casa por completo y tenía que pagárselo. Además, si se deshacía de él, ya no tendría que abandonar la comarca.

El cañón del rifle seguía puntualmente los movimientos del joven. Tuckett decidió aguardar la ocasión más propicia. No podía fallar el tiro.

Sentíase sorprendido por otra parte. Mac Bride estaba en el hospital; él lo sabía muy bien, puesto que le había herido, a fin de impedir la persecución con el helicóptero. Sin embargo, aquel bastardo de Wilkinson había conseguido un piloto. ¿Quién podía ser?

Wilkinson estaba ya a unos sesenta pasos. Tuckett contuvo la respiración, mientras su índice empezaba a acariciar el gatillo. Un par de segundos más y...

Repentinamente, Wilkinson desapareció de su vista.

Tuckett parpadeó. ¿Cómo podía haber ocurrido una cosa semejante?

El pequeño prado había vuelto a quedarse desierto, salvo por el helicóptero, que se hallaba en el extremo opuesto, a unos doscientos metros de distancia. A Wilkinson parecía habérselo tragado la tierra.

Tuckett se sintió repentinamente aprensivo. Aquel maldito indio... Sólo un hombre de esa raza era capaz de moverse con un

sigilo que envidiarían los pumas. El suelo era absolutamente liso y, sin embargo, no se veía el menor rastro de Wilkinson.

Lo que Tuckett ignoraba era que, en aquel punto, había una pequeña zanja, cubierta de hierba muy espesa y de tallos desusadamente largos. Wilkinson estaba en el fondo de la zanja, moviéndose con infinita lentitud, en su marcha de aproximación al lugar donde se hallaba su adversario.

Al cabo de unos momentos, Tuckett se puso en pie. Wilkinson se había escondido en algún accidente que le resultaba desconocido. Bien, había un medio para obligarle a salir.

El piloto del helicóptero. Lo tomaría como rehén y...

Súbitamente, salió de la espesura y echó a correr hacia el aparato. Edwina lo vio y se espantó en un principio, pero luego, recordando los consejos del joven, agarró el rifle y se aprestó a defenderse.

De pronto, sucedió algo inesperado.

Wilkinson surgió a la izquierda y por detrás de Tuckett. Pasmada de asombro, Edwina vio al joven haciendo girar el lazo sobre su cabeza. Ahora comprendía el objeto de aquel rollo de cuerda que él había llevado consigo.

El lazo se disparó. Tuckett presintió algo, pero ya era demasiado tarde. El lazo cayó sobre sus hombros y luego se cerró con tremendo tirón alrededor de sus brazos.

Tuckett aulló como una fiera salvaje cuando caía de bruces sobre la hierba. Perdió el rifle y se esforzó salvajemente por recuperarlo, pero antes de que pudiera conseguir algo positivo, le pareció que un tornado con figura humana se abatía sobre él. En menos de veinte segundos, Tuckett quedó atado como una res en el momento de la marca al fuego.

A continuación, el joven se inclinó, cargó con el cuerpo de su prisionero, recogió también el rifle y caminó hacia el helicóptero. Edwina le miró con infinito asombro.

—No me lo puedo creer...

Wilkinson sonrió.

—¿Qué habría preferido llevar de vuelta: un cadáver o un prisionero? Podía haberme llevado mi rifle y le habría matado sin dificultad, pero no he querido hacerlo. Prefiero que se enfrente con la ley.

—Es lo mejor, en efecto —convino la muchacha.

—No pueden acusarme de nada... —chilló Tuckett.

—¡A callar! Te he sorprendido en mi propiedad y tratabas de disparar contra mí. Ésa será tu acusación y, además, tengo un testigo. Por otra parte, se examinará la bala que le han sacado a Mac Bride y la compararán con otra de tu rifle. Imagínate lo que te puede suceder, Rizos.

Tuckett calló. Wilkinson lo arrojó sin miramientos a la parte posterior de la cabina y ocupó su puesto de nuevo. Mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, dijo:

—Pero quizá me sienta inclinado a proporcionarte un buen abogado y hasta pagar la fianza, si te decides a cooperar y declaras quién os pagó a ti y a tu hermano para matarme. Piénsatelo bien, Rizos, ya tienes edad suficiente para saber lo que te conviene.

Cuando lo encerraron en la cárcel, Tuckett no había despegado aún los labios.

* * *

Cook entró en el despacho de Barton, presa de una gran excitación.

—Han atrapado a Tuckett —exclamó.

Barton se puso rígido.

—¿Seguro?

—Segurísimo —dijo Cook—. Yo mismo lo he visto cuando ese maldito indio lo encerraba en la cárcel... Está allí, jefe, y puede ponernos en un apuro.

Barton soltó una espantosa maldición.

—Tendríamos que hacer algo —gruñó—. ¿Tienes alguna idea, Harry?

—Sólo una. ¿Recuerda a Pete el Grajo?

—Sí.

—La misma solución, jefe.

Barton asintió.

—¿Lo harás tú?

—Claro —sonrió Cook.

—Pero es necesario saber...

—Lo he averiguado. Ya me ocupé de ello.

—Harry, no sé qué haría yo sin ti...

Cook volvió a sonreír.

—Puede hacerme su socio. Sólo al quince por ciento —dijo.

—Estás loco, Harry.

—Le traeré la cuerda, es lo más que puedo hacer —contestó, displicente.

—Maldita sea... El cinco, Harry.

El doce, jefe.

—Seis, Harry.

—Bueno, cederé hasta el diez...

—Empezaste por el quince y yo por el cinco. Partamos y no se hable más. Siete y medio por ciento. ¿Hace?

—Trato hecho, jefe. En cuanto a Tuckett, olvídense ya de él, aunque... —Cook soltó una risita—. Tenía que llevarle mil dólares, ¿verdad?

—Eres un condenado chupasangres, Harry —se lamentó Barton. Abrió la caja fuerte, sacó diez billetes de a cien y se los tiró a su codicioso subordinado—. El asunto Tuckett debe estar solucionado mañana al salir el sol.

Cook remedó burlonamente un saludo militar.

—Tuckett ya no verá ese amanecer —afirmó.

Al quedarse solo, Barton encendió un cigarro. Cook se dijo, empezaba a resultar una molestia. Era, desde luego, el mejor y el más astuto de sus hombres, pero también el más ambicioso. Los tiempos turbulentos habían quedado atrás y ahora tenía un buen negocio, que no deseaba perder por nada del mundo. Pero si Cook seguía con sus aspiraciones, tendría que buscar la forma de cortarle las alas.

De momento, cedería en lo de admitirle como socio. Más adelante...

—En cuanto se descuide, será socio de Satanás —murmuró, mientras exhalaba una espesa nube de humo azul y perfumado.

* * *

Dormía mal y con pesadillas y se despertaba con frecuencia. Al filo de las cuatro de la madrugada, Tuckett se despertó, bañado en sudor y con la lengua completamente seca. Se levantó, fue al lavabo

de la celda, abrió el grifo y bebió un poco de agua. Luego mojó la toalla y se la pasó por la cara y el cuello.

Estaba en un apuro y lo sabía. Bane se había mostrado inflexible con él. En Sittakaw no tenía simpatías. Le juzgarían duramente, aunque sólo fuese por intento de homicidio, con lesiones graves. Y hasta podían achacarle el asesinato del guardabosque. Lo había hecho su hermano, pero ¿quién podía garantizar que no le culpasen a él? Bane lo había insinuado después de encerrarle. Torres había muerto por un rifle de los Tuckett. ¿Cómo demostrar que no lo había cambiado con su hermano? El jurado aceptaría sin demasiadas críticas el argumento del cambio de rifle y la muerte de Torres le sería achacada a él. La condena significaba cárcel para toda su vida.

¿Valía la pena guardar silencio?

Repentinamente, oyó un leve murmullo en la ventana de la celda.

—Eh, Rizos...

Tuckett volvió la cabeza. Al otro lado de los barrotes divisó la pálida mancha de un rostro humano.

—No hagas ruido —siseó el otro—. Ven, acércate... Tengo que decirte algo...

Tuckett se aproximó a la pared.

—Soy Cook. He venido a ayudarte. Te traigo una lima que se come el acero como si fuese mantequilla.

Tuckett estuvo a punto de chillar de alegría. Alargó las manos y cogió algo que tenía el mango de madera. Todavía tenía las manos en alto, cuando una cuerda áspera le ciñó el cuello.

—¿Qué diablos...?

Cook estaba al otro lado, subido a un taburete. Inmediatamente, saltó al suelo, con la cuerda en las manos muy altas. Así podía conseguir la tensión suficiente.

Tuckett perdió el apoyo natural de los pies y se elevó un palmo en el aire. Pataleó frenéticamente y arañó la pared, en sus ansias de salvar la vida. La cuerda le ahogaba y empezó a verlo todo rojo. Fuera, Cook continuaba sosteniendo firmemente la sogá, a través de la cual le llegaban las vibraciones producidas por las sacudidas de su víctima.

Unos minutos más tarde, cesaron las vibraciones por completo.

Entonces, Cook volvió a subirse al taburete, estiró la cuerda, la ató a un barrote y al terminar la labor, se apeó de nuevo. Cargó con el taburete y corrió una docena de pasos, hasta llegar a un sitio donde el suelo era de cemento. Allí tenía sus zapatos, que se puso inmediatamente.

Cuando al día siguiente iniciaran las pesquisas, sólo encontrarían las huellas de unos pies descalzos en el suelo de tierra que había al pie de la ventana enrejada. Nadie sabría jamás que había sido él.

Cook regresó sin ser visto. Al acostarse, empezó a verse a sí mismo como dueño del Silver *Ring*. Barton se había ablandado, ya no era el de antes. Tenía que darle de lado y...

Se durmió sin sentir el menor remordimiento por el crimen que acababa de cometer.

CAPÍTULO VIII

El coche se paró frente a la cabaña y su ocupante saltó al suelo y contempló el paisaje durante unos instantes. Era un hombre de mediana edad, bien vestido, con unas anticuadas lentes de pinza, sujetos por una cinta negra a la solapa de su traje. Detrás de los cristales se veían unos ojos llenos de sagacidad. La nariz, ganchuda, le confería el aspecto de un búho sabio.

La puerta de la cabaña se abrió de pronto. Su dueño miró críticamente al recién llegado.

—¿Puedo saber qué busca aquí? —preguntó el joven.

—A usted, puesto que se llama Wilkinson —contestó el visitante—. Soy Farley Brawson.

—Ah, el abogado del señor Ralston-Moore. Le recuerdo, en efecto. Pase, por favor.

Brawson sacó del coche un grueso portafolios de piel y entró en la cabaña. Wilkinson le indicó una butaca.

—Siéntese —dijo—. Voy a traerle una taza de café...

—No se moleste, señor Wilkinson —contestó Brawson—. Tengo un principio de úlcera, ¿sabe?

—Consecuencias, sin duda, de una vida demasiado agitada y llena de ansiedad —sonrió el joven—. Bien, señor Brawson, la respuesta es no.

El abogado parpadeó.

—Pero, hombre, ni siquiera me ha dejado hablar...

—Sé a lo que viene, de modo que, ¿por qué perder el tiempo en rodeos? ¿O es que me va a ofrecer la Luna?

—No tanto, aunque sí una suma capaz de modificar sus puntos de vista. Y desearía que aceptase, francamente.

—Ya me lo imagino, pero lamento mucho tener que repetir, una

vez más, que no quiero vender.

Brawson suspiró.

—No me deja usted otra opción, señor Wilkinson —dijo, con fingido pesar—. Me disgusta tener que recurrir a este procedimiento, pero... ¿Le molesta que le recuerde su ascendencia?

Wilkinson se atiesó.

—¿Se refiere a mi raza?

—Si lo prefiere así...

—Nunca me he enorgullecido, pero tampoco me he avergonzado de tener sangre sioux en las venas. Aunque, para desesperación de algunos, no llevo penacho de plumas ni uso arco y flechas. Pero no creo que eso tenga mucho que ver con nuestro problema. Con el de Ralston-Moore, mejor dicho.

—Creo que he hablado bastante —dijo Brawson. Abrió su portafolios, extrajo unos papeles y los dejó encima de la mesa—. Le conviene estudiar la última proposición de mi cliente. Si no es así...

—¿Qué, abogado?

Brawson cerró la cartera.

—Entonces, tendría noticias mías por medio de una citación judicial —contestó—. Ha sido un placer, señor Wilkinson —se despidió el sujeto.

Brawson dio media vuelta y abrió la puerta. El puño cerrado de Edwina estuvo a punto de darle en la nariz, ya que la muchacha se disponía a llamar en aquel preciso instante.

—¡Señor Brawson! —exclamó ella, sorprendida.

El abogado respingó.

—¡Señorita Edwina! ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Eso mismo podría decir yo, ¿no cree? Hola, Geo —saludó ella sonriendo.

—El señor Brawson ha venido a hacerme una nueva propuesta en nombre de su padre, Edwina —intervino Wilkinson—. Como de costumbre, he contestado que no.

—Ese muchacho no sabe lo que se hace —gruñó el abogado—. Le estamos poniendo delante de una fortuna y la rechaza estúpidamente...

—No tan estúpidamente, diría yo —atajó la muchacha.

—Pero venderá su propiedad, le guste o no le guste —afirmó Brawson.

Echó a andar rápidamente, subió a su auto y desapareció en contados segundos. Edwina permaneció inmóvil, hasta que el abogado se hubo perdido de vista en la próxima revuelta del camino.

—Hola, Geo —dijo.

—Entre —invitó él—. ¿Dónde ha estado todos estos días? Hace más de una semana que se marchó, sin avisar apenas...

—Quería reflexionar —explicó Edwina.

—Oh, muy interesante. ¿Ha resuelto sus dudas?

—Yo, sí. Pero papá...

—¿Qué le pasa al acaudalado señor Ralston-Moore?

—No pude hablar con él. Está de viaje en Europa y permanecerá allí algunas semanas.

—Por lo visto, dejó sus asuntos en manos de Brawson.

—Eso parece —repuso ella.

—Aguarde un momento, le traeré café.

—Gracias, Geo.

Wilkinson volvió a los pocos momentos. Luego, ella le formuló una pregunta:

—¿Se ha sabido algo sobre el asesino de Tuckett?

—No. El que lo hizo, quiso simular un suicidio, pero lo hizo de manera muy burda. Quizá ni siquiera intentó disimular su crimen; si la cuerda está atada a uno de los barrotes, era para asegurarse de la muerte de Rizos. Las huellas que se encontraron al pie de la ventana no dieron ninguna pista medianamente útil.

—Le cerraron la boca muy astutamente —convino la muchacha.

—Sí. Además, Tuckett resultó ser un incauto. Se encontró una lima en el interior de la celda. Bane y yo calculamos que el asesino le atrajo a la ventana con ese cebo y entonces le echó la soga al cuello. Nadie se enteró y así, el asesino pudo escapar sin ser visto.

Ella entornó los ojos.

—Muy desagradable, aunque, al menos, eso le libra a usted de una grave preocupación —dijo.

—¿Lo cree así? Mi preocupación sigue en pie, mientras su padre continúe con sus proyectos. ¿No acaba de ver a Brawson?

—Es cierto y me gustaría hacer algo, Geo.

—¿Usted? ¿Se encuentra en condiciones de conseguir algo a mi favor?

Edwina le dirigió una penetrante mirada.

—Geo, he llegado a la conclusión de que sus motivos son perfectamente válidos. Aunque sea luchar contra los intereses de mi padre, le diré que no debe vender. ¡No venda, se lo suplico!

Wilkinson sonrió.

—Es usted una chica maravillosa y yo le voy a decir ahora una de otra de las razones, casi la principal, por lo cual no quiero vender mis tierras. ¿Quiere acompañarme, Edwina?

—Con mucho gusto —accedió la muchacha.

* * *

Atravesaron un umbroso bosquecillo de abetos y llegaron a un rincón soleado, cubierto de fresco y jugoso césped, en el que abundaban las florecillas silvestres. Era una pequeña explanada, situada al otro lado de la cabaña, desde la que se divisaba un paisaje excepcional.

En un lado de la montaña, había una pared de roca, vertical, semicircular, al pie de la cual se veía un cuadrado de suelo, en el que se advertían cuidados que no se apreciaban en otros lugares. Wilkinson se acercó al muro y señaló un punto situado a un metro del suelo. Edwina se acercó y pudo leer una inscripción, en letras talladas en la misma roca:

RICHARD Y HELEN

Edwina adivinó la verdad y se volvió hacia el joven.

—Es la tumba de sus padres —exclamó.

Wilkinson hizo un gesto afirmativo.

—Aquí descansan el sueño eterno. Muchas veces venían a este lugar y se sentaban a contemplar el paisaje, mientras yo correteaba por los alrededores. Cuando ya fui mayor, un día, mi padre me dijo que deseaba ser enterrado aquí. Mamá estaba delante y formuló el mismo deseo.

—Y lo cumplió.

—Con menos de un año de diferencia. Mamá no pudo soportar la pérdida de su esposo y languideció...

—Murió de amor —se estremeció la muchacha, tremendamente conmovida.

—Exacto.

—Pero... no veo fechas...

—Ellos decían que su amor no conocía el tiempo; por eso no puse más que sus nombres. Mamá murió hace poco más de dos años. Entonces fue cuando me marché a Europa. Yo también necesitaba olvidar un poco.

Edwina le cogió una mano impulsivamente.

—Les envidio, francamente —dijo, con ojos brillantes por las lágrimas—. Un amor así debe de ser algo... Bueno, no encuentro palabras...

—No las busque —sonrió él—. Estuvieron juntos poco más de veinticinco años y sé que nunca hubo personas más felices, pese a las enormes dificultades que tuvieron que arrostrar. Pero vencieron, a pesar de todo.

—¿Qué dificultades, Geo?

—Otro día —eludió Wilkinson la respuesta—. Ahora debemos regresar.

Volvieron a la casa, con las manos juntas. Edwina se sentía presa de una emoción como no había sentido jamás hasta entonces y tardó mucho rato en poder hablar de nuevo. Al fin, logró esbozar una sonrisa.

—No vendas, Geo —le tuteó de repente—. Cuando vuelva mi padre, yo le hablaré y trataré de convencerle para que desista de sus propósitos.

—Gracias —contestó Wilkinson.

—Pero tú también tendrás que arrostrar dificultades. Los Tuckett ya no son enemigos para ti; sin embargo, no actuaban por propia iniciativa, aunque tengamos en cuenta el rencor que sentían hacia ti.

—Es cierto —convino él—. Y eso me preocupa bastante, porque tengo la impresión de que hay gente en Sittakaw que está muy interesada en quitarme de en medio.

—¿Cómo lo sabes, Geo?

—Bane y yo hemos llegado a la conclusión de que el asesino de Tuckett es alguien que vive en la ciudad, pero, por más que nos esforzamos, no hemos podido encontrar un nombre medianamente

sospechoso, que pueda servir para iniciar la investigación.

* * *

Harry Cook llenó un vaso y se lo ofreció al visitante. —Temo que no ha sabido elegir— dijo.

—¿Cómo?

Cook movió la cabeza en dirección a la puerta que había al otro lado de la estancia.

—No es el hombre adecuado. Se ha ablandado.

—¿De veras?

—Se lo garantizo. En otros tiempos, ya habría resuelto el problema. Ahora... Bueno, le está dando largas. Hace algo, pero sin demasiado empeño, ¿me comprende?

El visitante se mojó los labios con el *whisky* y dejó el vaso a un lado.

—Algo de eso me parecía a mí, Harry —contestó—. Pero quizá usted y yo podamos entendernos.

—Muy cierto, aunque ya le anticipo que a mí no me tiene cogido por el pescuezo, como a él. Ahora, Barton se ha convertido en una persona respetable y le disgusta tener que arriesgar su posición.

—Eso significa que debo contar con usted, Harry.

Cook estaba prevenido. Sacó un papel y se lo entregó a su interlocutor.

—Llame a este hombre por teléfono. Dígame dónde estoy y que necesito que venga a verme cuanto antes. Pero le tendrá que enviar cinco mil dólares por correo. Es su «tarifa», ¿sabe?

—Es mucho dinero...

—Usted espera ganar cien veces más. Creo que merece la pena arriesgar esos cinco mil «pavos».

El visitante meditó unos segundos.

—De acuerdo. Pero debe ser seguro...

—Jamás ha fallado un solo «encargo» —contestó Cook rotundamente—. Bueno, parece que el jefe se mueve ya. Entre, pero no le mencione nuestro acuerdo.

—Descuide, Harry.

Cook sonrió para sí. Al día siguiente, el visitante haría una llamada telefónica. Luego enviaría cinco mil dólares... el doble

justo de la «tarifa», porque lo que el visitante ignoraba era que el amigo de Cook cobraba sólo dos mil quinientos por «cabeza». Y tenía que cortar dos cabezas en el viaje que haría a Sittakaw.

El amigo de Cook lo haría. No sabría nada hasta que se entrevistase personalmente con él y le indicase cuáles eran las piezas que debía cobrar. Una de ellas era Barton.

Cook escupió despectivamente a un lado al pensar en su jefe:

—¡Puah, tipo flojo...!

CAPÍTULO IX

Estaba revisando unos documentos, cuando alguien se asomó por la puerta. Bane levantó la cabeza y sonrió.

—Entra, Geo —invitó.

—Estás ocupado, me parece. Ya vendré en otro momento...

—Oh, no tiene importancia. Entra, hombre.

Wilkinson llegó junto a la mesa ocupada por su amigo.

—¿Alguna novedad?

—Sí, informes sobre Barton. Tenía una casa de juego en Cheyenne y se puso en conflictos con la policía, a causa de la muerte de un tal Red Morgan, un competidor que apareció un buen día con un balazo en la cabeza. Pudo demostrar su coartada, pero se vio obligado a cerrar el negocio.

—Y se estableció en Sittakaw.

—Con unos cuantos miembros de su pandilla. Yo no era comisario entonces y el anterior alcalde, recuérdalo, tuvo que abandonar el pueblo a causa de sus sucios manejos. Pero, inexplicablemente, Barton se ha portado bien desde que le dieron permiso para abrir su local.

—Estás tratando de decirme que, a la larga, o a la corta, la cabra siempre tira al monte.

—Los Tuckett tenían dinero, mucho dinero, para la clase de gente que eran. ¿Quién se lo dio? Negro Tuckett murió cuando iba a Silver Ring a altas horas de la noche. Eso no demuestra nada, pero da mucho en qué pensar, ¿no te parece?

—Tú sospechas que Barton pueda tener relación con mis problemas —dijo Wilkinson.

—En efecto, lo sospecho, pero eso no es todo.

—¿Hay más, Ned?

—Sí, algo muy chocante. Cuando se sospechó que Barton podía tener alguna relación con la muerte de Morgan, fue detenido por un abogado llamado Brawson. ¿Te suena el nombre? —preguntó Bane maliciosamente.

Wilkinson respingó.

—Es el abogado de Ralston-Moore —exclamó.

—Justamente. Bien, Geo, quizá no haya relación entre los dos asuntos, pero creo que deberías tenerlo en cuenta. Y, si es preciso, decírselo también a Edwina.

—No está en Sittakaw —contestó Wilkinson.

—Bueno, ya volverá. —Bane guiñó un ojo a su amigo—. Edwina volverá —repitió.

—No me hago ilusiones, Ned. Tengo la cabeza muy firme en ese aspecto.

—Ella la perderá por ti —vaticinó el comisario, rematando su profecía con una sonora carcajada.

Wilkinson hizo una mueca.

—Tengo trabajo —se despidió.

Cuando regresaba a Skyview, pasó por delante del *Silver Ring*. Había dos hombres en una de las ventanas de la planta baja. Uno de ellos era Cook.

—Ésa es tu pieza, Stilly —indicó.

Stilly Holms asintió.

—Dala por cobrada, Harry —respondió.

* * *

Llegó a las inmediaciones de Skyview cuando todavía faltaba una hora para que se viera el primer rayo de luz. El coche había quedado a mil metros de distancia y cubrió a pie el resto del trayecto.

Había luna, lo cual le permitió moverse sin dificultades. En la mano derecha portaba un maletín, que abrió minutos más tarde, al situarse detrás de una roca a menos de cien metros de la casa y a unos seis o siete metros sobre el nivel de la explanada.

Desde allí, podía divisar no sólo la puerta, sino la terraza que daba al abismo. Stilly Holms abrió la maleta y, parsimoniosamente, procedió a montar el rifle.

Lo había probado la víspera, en una salida hecha con ese propósito. El arma funcionaba con magnífica precisión. Con la mira telescópica, se sentía capaz de perforar la frente de una persona a quinientos pasos.

Pero aquí, la distancia era mucho más corta, menos de la quinta parte. Cuando terminó su trabajo, hizo unos cuantos ejercicios de puntería, enfilando el arma a los dos lugares por donde su víctima podría asomar apenas levantado: la puerta y la terraza.

Wilkinson moriría sin enterarse de lo que le había sucedido. Y nadie oiría el retumbar del disparo, multiplicados los ecos por las montañas: el silenciador que remataba el cañón lo impediría.

El tiempo transcurrió lentamente. Los primeros resplandores aparecieron por el este. Holms abandonó la posición descansada que había adoptado para la espera y se dispuso a actuar. Wilkinson era muy madrugador. No tardaría en hacerse visible.

De pronto, notó un golpe de cierta fuerza en el hombro. Era como una palmada, dada con una mano muy blanda.

Holms se volvió. Entonces, aterrado, vio al gigantesco oso.

El animal enseñó sus dientes. Holms no podía saber que era una mueca amistosa. Lleno de pánico, alzó el fusil y apretó el gatillo, pero el plantígrado movía la zarpa en aquel momento y el tiro salió desviado.

Sin embargo, la bala rozó la pata izquierda, cerca del hombro, y el animal se enfureció instantáneamente, al percibir aquella sensación de quemadura.

Los sentimientos afectuosos desaparecieron en un santiamén. El ancestral instinto de defensa surgió en el acto. El oso sólo conocía una forma de defenderse: atacar.

La zarpa derecha se movió con indescriptible rapidez. Fue un golpe que hubiese desnucado a un toro. Holms sintió un vivísimo dolor en la garganta y perdió el sentido instantáneamente, porque el zarpazo le había abierto el cuello por completo, a la vez que fracturaba sus vértebras cervicales.

El oso emitió un feroz rugido, que atronó el ambiente. Wilkinson lo oyó cuando apenas había abierto los ojos y, presintiendo algo desagradable, se levantó de un salto.

Cuando llegó a la puerta, entrevió la pesada silueta del plantígrado que se perdía entre la espesura. Algo más cerca, había

un bulto inmóvil en el suelo.

Wilkinson corrió hacia las rocas. Contempló unos momentos el cadáver y luego regresó para llamar a Bane por radio.

* * *

El comisario dio una vuelta completa en torno al cuerpo tendido en el suelo y luego levantó los ojos hacia su enemigo.

—¿Y bien, Geo?

—Sé tanto como tú —respondió el joven—. Me despertó un rugido de «Hock» y me levanté corriendo para ver lo que sucedía. Esto es lo que encontré, Ned.

Bane se inclinó y contempló una de las manos del muerto, cubierta por un guante de fina piel negra. Luego alzó el rifle y tiró del cerrojo. Una vaina vacía describió un brillante arco al saltar fuera de la recámara.

—Disparó un tiro, es evidente —dijo.

—Pero no hacia la casa —repuso Wilkinson—. He examinado las huellas. El tipo estaba apostado, aguardando sin duda a que saliera. Desde aquí, tenía campo de tiro suficiente para la puerta o la terraza. «Hock» llegó en ese momento y él debió de asustarse. Le disparó un tiro y el animal se enfureció.

—¿Estará herido?

—En todo caso, no es grave, porque no he visto rastros de sangre en dirección al bosque. Calculo que fue un balazo superficial, suficiente para irritarle y hacer nacer en él el instinto de defensa.

—Dando zarpazos, claro.

—Uno solo, Ned.

Bane se estremeció.

—Dios, qué aspecto tiene...

Volvió la cabeza. No era agradable contemplar una herida tan espantosa.

Norris llegó en aquel momento, con dos objetos en la mano.

—Mire lo que he encontrado en el coche, jefe. Estaban en un escondite secreto, en el maletero.

Wilkinson y Bane contemplaron las armas; una pesada automática, calibre 45, y un revólver calibre 38, de cañón corto, con silenciador.

—Ya no cabe duda —dijo Bane—. Era un asesino profesional.

—Sí, pero ¿quién lo contrató?

Bane agitó la billetera que había encontrado entre las ropas del muerto.

—Según la documentación, Stilly Holms, de Cheyenne y viajante de comercio, profesión que, sin duda, le proporcionaba excusas suficientes para ausentarse sin levantar sospechas. Además, tenía cinco mil dólares en billetes.

—Valgo mucho, parece —rezongó Wilkinson—. ¿Qué piensa hacer, Ned?

—Llamaré a Barton, en cuanto regrese a Sittakaw. Voy a apretarle las clavijas. No sé por qué está relacionado con tus problemas, pero trataré de averiguarlo.

—Avísame cuando sepas algo.

—Descuida. —Bane se volvió hacia su ayudante—. Hank, ¿llamaste al matasanos?

—Estaba con un parto —respondió Norris—. Ah, ahí viene...

El coche del galeno se detuvo a poca distancia. Su ocupante se apeó, con el maletín en la mano.

—Eh, doc —gritó Bane—. Deje ese trasto en el coche; no le va a hacer falta.

—Me han dicho que hay un «fiambre» —contestó el médico desvergonzadamente—. ¿A quién le ha tocado la «china» esta vez?

—Un forastero, que tuvo unas palabras con «Hock», doctor.

El médico miró de reojo a Wilkinson.

—Muchacho, ¿por qué no envías tu osito, que no es de felpa precisamente, a un zoológico?

—«Hock» no molesta a la gente. En cambio, le molesta que le disparen tiros.

—Ah, con que fue eso... De todas formas, a mí me ha dado un susto en más de una ocasión.

—Nunca le atacará, si usted no se le muestra hostil —contestó Wilkinson.

—Vamos, doc, examine el cadáver. Tengo ganas de volver al pueblo —terció Bane, impaciente.

El médico se inclinó sobre el cuerpo de Holms y, tras un rápido vistazo a la herida, tanteó por la parte posterior con ambas manos. Luego se irguió.

—Hank, tráeme un botellín de desinfectante que tengo en el maletín y una caja de pañuelos de papel. Ned, la víctima tiene desgarros profundos de la laringe, faringe, músculos del cuello y sección de los vasos principales, es decir, yugular y carótidas. Además, hay fracturas de cervicales. Resultado, muerte instantánea.

Bane asintió.

—Envíeme el informe por escrito —pidió.

—De acuerdo. —El médico se volvió hacia Wilkinson—. Tienes un buen perro guardián —añadió.

—En estos tiempos, se me ha hecho muy necesario —contestó el joven inexpresivamente.

CAPÍTULO X

Bane se frotó el mentón con gesto disgustado y lanzó una maldición.

—No he tenido otro remedio, Geo —exclamó—. No tenía ninguna prueba contra él.

Wilkinson asintió en silencio.

—Pero hay más —añadió el comisario, mientras llenaba un pocillo de café—. Me precio de conocer a los hombres. No me fío de Barton y, sin embargo, en esta ocasión, me pareció sincero. Le vi desconcertado, sorprendido por la presencia de Holms en Sittakaw. Que lo conocía, es evidente; pero apostarí algo bueno a que no ha tenido trato con él. Por lo menos, en esta ocasión.

—¿Quieres decir que fue otro el que lo contrató?

—Sí, estoy casi seguro.

Hubo un momento de silencio. Bane tenía los ojos fijos en Wilkinson.

—Estás pensando en el mismo en que pienso yo —dijo Bane por fin.

—Pudiera ser, ¿no?

Wilkinson meneó la cabeza.

—Pudiera ser... pero se me hace muy cuesta arriba que un hombre como Ralston-Moore pueda recurrir a semejantes procedimientos. Además, me amenazó con una demanda judicial.

—¿Qué demanda, Geo?

—No lo sé, aunque sí puedo asegurarte que no prosperará. ¿Puedo hacerte una sugerencia, Ned?

—Claro. Di lo que sea; yo también tengo interés en resolver estos malditos problemas de una vez.

—Tienes los billetes que el muerto llevaba encima.

—Sí, cincuenta de a cien... ¡Es verdad! Son nuevos y con numeración correlativa...

—Ponte al habla con el jefe de la policía de Cheyenne y envíale la numeración de esos billetes, Ned.

Bane chasqueó los dedos.

—No tardaré ni un minuto —contestó.

Wilkinson sonrió y abandonó la oficina. Al salir vio el descapotable amarillo de Edwina, parado frente al hotel.

Inmediatamente cruzó la acera. Unos segundos después, llamaba a la puerta del cuarto de la muchacha.

—Soy Geo —exclamó.

—Entre —contestó ella.

Wilkinson empujó la puerta. La voz de Edwina le llegó desde el interior del apartamento.

—Estoy en la ducha. Saldré en seguida —gritó la muchacha.

Wilkinson se acercó a la ventana. Desde allí podía contemplar el movimiento de la calle Mayor de Sittakaw. Por encima de los tejados, divisaba las crestas de las montañas. Era un país maravilloso, se dijo.

Edwina salió más tarde, envuelta en una bata y frotándose los cabellos con una toalla.

—Me alegro de verte, Geo. Iba a subir a Skyview, porque tengo noticias interesantes para ti —declaró.

—Lo celebro, si son buenas.

—No diría yo tanto, pero estoy dispuesta a ayudarte, en la medida de mis fuerzas. En realidad, he empezado ya.

—¿Cómo?

—Geo, quieren presentar una demanda contra ti, basándose en posesión ilegal de ciertas tierras.

—Porque soy indio.

—Sí.

Wilkinson sonrió.

—¿No te impresiona? —se asombró ella.

—No, en absoluto, aunque ya me esperaba algo por el estilo. Lo dijo Brawson, recuérdalo.

—Lo sé. Pero tú también debes saber que he hablado con mi padre. Ayer para ser más precisos, y a punto de emprender el viaje de regreso. Le conté lo que estaba sucediendo y me dijo que había

abandonado un poco el asunto.

—No lo parece —comentó él—. En los últimos tiempos, las dificultades han sido mayores que nunca.

—Espera, no me has comprendido. Quiero decir que lo dejó en manos de otra persona. Ahora, cuando vuelva, él tomará las riendas.

—Si es para insistir en el tema, aunque sea personalmente, no veo que hayamos ganado nada, Edwina.

—Geo, sé que te sientes dolido por lo que ha pasado, pero debes creermelo cuando te digo que mi padre es justo y capaz de entender las razones, si son lo suficientemente convincentes. Tengo la seguridad de que desistirá de comprar Skyview, sobre todo, cuando se entere de cosas que, por lógica, no le pude decir ayer.

—Si es así, te deberé un gran favor, aunque, de todos modos, no habría venido.

—Pero podremos ayudarte cuando se presente la demanda judicial.

—No hará falta, Edwina.

—¿Cómo puedes estar tan seguro...?

—Yo también empiezo a pensar que tu padre es ajeno a algunas de las cosas que han sucedido. Pero me conviene que se plantee la cosa oficialmente, para dar mi respuesta de modo que no quede lugar a dudas, sobre mis derechos a Skyview y al resto de las tierras.

—Entonces, no puedo hacerte nada.

—No, en absoluto.

—¿Quieres explicarme...?

Wilkinson se encaminó hacia la puerta.

—Cuando llegue el momento —insistió—. De todos modos, ¿por qué has venido a verme a Sittakaw? Podrías haberme llamado por teléfono...

Ella se ruborizó ligeramente.

—Preferí decírtelo en persona, si no te parece mal —repuso.

—Al contrario, me siento encantado. Gracias, Edwina.

La joven se quedó un tanto perpleja, ante la actitud de Wilkinson, que se le antojaba indiferente. Al cabo de un rato, terminó de arreglarse, se vistió y descendió a la planta baja.

La señora Bane estaba repasando unas cartas, tras el mostrador

de recepción.

Anita Bane levantó la vista y sonrió.

—¿Le ocurre algo, muchacha?

—Verá, señora Bane...

—Llámemme Anita, por favor —rogó la mujer—. Y dígame con franqueza lo que le sucede. ¿Es a causa de Geo?

Edwina remoloneó un poco.

—Me siento desazonada... —contestó—. A veces, me parece demasiado hermético... Tiene las cosas muy mal y, sin embargo, ni se inmuta... Y yo quiero ayudarle, ¿sabe?

—¡Ah, con que al fin ha cambiado de modo de pensar! —dijo Anita socarronamente.

—¿Quién no cambiaría, después de haber estado en Skyview? —exclamó Edwina, a la vez que emitía un hondo suspiro—. Sería un crimen destruir ese paisaje.

—Todos pensamos así, pero naturalmente, la decisión está en manos de Geo y nosotros la respetamos, sea cual fuere. Aunque, particularmente, estoy convencida de que no venderá. Edwina, ¿vendería usted el trozo de tierra en que estuvieran enterrados sus padres?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, pero hay otros a los que eso no les importa... y han matado por ello, y yo pienso que Geo cree que nosotros, los Ralston-Moore, hemos tenido algo que ver con esas muertes...

Anita dejó las cartas y se apoyó de codos en el mostrador.

—Usted se ha enamorado de él —dijo bruscamente.

Edwina se sofocó.

—¡Por Dios, Anita!

—¿Qué? ¿Le avergüenza estar enamorada de un indio? La madre de Geo era de la más pura raza blanca y jamás he conocido a una mujer tan feliz, por haberse casado con un indio. Y nunca se avergonzó y luchó por su esposo como probablemente no lo habría hecho otra mujer. Por su esposo y por su hijo, y por lo que éstos querían. Cuando un hombre es «hombre» de veras, ni el color de la piel ni la sangre ni la raza significan nada.

—Es que yo no he dicho que esté enamorada...

—¿No? Pues cualquiera que la oyera, lo creería a pies juntillas —rió la señora Bane—. ¿Sabe lo que yo haría, si estuviese en su

lugar? Lucharía por él y con él, y contra los mercaderes que quieren destruir una de las más bellas obras del Creador. Le diré una cosa: en Sittakaw, todos le queremos y cualquiera haría una barbaridad por él.

—Me..., me está convenciendo —dijo Edwina, con los ojos húmedos.

—Skyview es una propiedad particular, pero los guardabosques del estado cuidan de ella, como hacen con las demás tierras. Y él ayuda a los guardabosques y... ¿Por qué cree que murió el pobre Torres? Si Geo no hubiera sido como es, Torres no se habría preocupado de perseguir a los Tuckett y aún estaría vivo. Pero puedo asegurarle que Torres lo habría hecho igual, aun a sabiendas de que sus actos podrían costarle la vida.

—Ahora sí que la voy entendiendo más, Anita.

—Me alegro mucho. Edwina, voy a darle un consejo.

—Sí, señora.

Anita extendió la mano hacia el exterior.

—No piense en su sangre sioux. Piense solamente que no encontrará otro hombre, aunque lo busque el resto de sus días. Vaya a Skyview y póngase a luchar a su lado. Con uñas y dientes, si es preciso.

La muchacha trató de sonreír.

—Seguiré sus consejos, Anita —repuso.

* * *

—Ya tengo la respuesta —dijo Bane al día siguiente.

—¿Sí? ¿Sabes de quién eran los billetes?

—El comisario se lo dijo a Wilkinson.

—No es posible —exclamó el joven.

—Lo siento. Es lo que me ha informado el jefe de la policía de Cheyenne. No tenía por qué engañarme, ¿verdad?

Wilkinson se quedó pensativo por unos momentos. Luego dijo:

—Hablaré con ella. Gracias, Ned.

Wilkinson abandonó la oficina del comisario y se dirigió al hotel. Al verle entrar, Anita le dirigió una cálida sonrisa.

—Hola, Geo. ¿Puedo serte útil en algo?

—Sí, gracias. ¿Quieres avisar a Edwina?

—Lo siento. Ha ido a Skyview. Pero ¿cómo no te la has encontrado en el camino?

—Es que he usado la vieja pista forestal. Estuve tomando unas muestras de tierra y decidí venir a Sittakaw sin pasar por casa. Bueno, si ha ido a Skyview, me aguardará allí. Gracias otra vez, Anita.

—No la sueltes; es la mujer que necesitas —dijo la señora Bane.

Wilkinson estaba ya en la puerta y se volvió al oír aquellas palabras.

—Estás equivocada, Anita. Ella es la última mujer con la que me casaría, si un día tuviese la intención de cometer semejante desatino.

Anita se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera recuperar el habla, Wilkinson arrancaba ya a toda velocidad en dirección a Skyview.

Sentíase furioso contra los Ralston-Moore. Estimaba que Edwina era inocente de los turbios manejos de su padre, pero la noticia que acababa de recibir volvía prácticamente las cosas a su punto de partida. Debía cortar radicalmente toda relación con la muchacha, se dijo.

Subía a gran velocidad, encolerizado por las noticias que le había comunicado Bane. Tan enfurecido se sentía, que no reparó en un coche azul oscuro que estaba escondido en un pequeño hueco fuera del camino, entre los árboles.

Unos metros más adelante, al revolver una curva muy pronunciada, divisó un tronco atravesado en el camino.

El instinto le hizo virar a la derecha, a la vez que pisaba el freno. Pero el obstáculo estaba demasiado cercano para realizar una maniobra efectiva. Las ruedas delanteras del *jeep* salieron fuera del camino.

Wilkinson se dio cuenta de que no tenía alternativa y saltó, justo en el momento en que el coche iniciaba un frenético descenso por la ladera, casi pelada en aquel punto. Cayó fuera del camino, rodó unos metros y, al fin, consiguió agarrarse a un arbusto.

El *jeep* siguió la caída hasta estrellarse contra una roca, a más de cien metros de distancia. Gateando con dificultad, Wilkinson pudo llegar al camino y entonces oyó el ruido de un coche que arrancaba con gran estruendo del motor.

Corrió hacia la curva. El coche azul salía disparado hacia abajo. Wilkinson creyó ver a un solo hombre tras el volante, pero ya no tenía medios de alcanzarlo.

Crispó los puños y dio media vuelta. Aún le quedaban cuatro kilómetros hasta Skyview. Marchar a pie no era cosa que le asustase. Había recorrido distancias mucho más grandes.

Llegó junto al tronco y, asiéndolo con ambos brazos, lo arrojó fuera del camino. No era un tronco demasiado pesado y, de haber tenido tiempo de meditar, tal vez hubiera preferido el choque. El tronco había sido colocado allí con la sola intención de provocar una maniobra instintiva, que le arrojase al abismo. El autor del hecho lo había conseguido, se dijo.

Aunque no había contado con su agilidad. Pero ya había pasado todo.

De pronto, vio llegar el coche amarillo de Edwina. La muchacha paró el automóvil, saltó fuera y corrió ansiosamente hacia él.

—¡Geo! ¿Te encuentras bien? Lo vi todo desde la casa... ¿Qué ha sucedido?

—Supongo que debe de ser una nueva «gracia» del autor de sus días —contestó él ceñudamente—. Alguien quiso enviarme al fondo del precipicio, aunque, por supuesto, no lo hizo el señor Ralston-Moore en persona. Para eso paga a otros, claro.

Edwina le miró atónita.

—¿Qué estás diciendo, Geo? ¿Cómo puedes hablar así de mi padre? Te dije que él no...

—Creo que tú también estás equivocada —dijo Wilkinson—. Y, a fin de cuentas, tu padre no tiene por qué darte cuenta de sus actos...

—Sigo sin entenderte... a menos que pienses que fue un accidente provocado.

—Lo era. Mira, ahí está el tronco que alguien atravesó en el camino, con la intención de hacerme saltar fuera.

—Pero mi padre no...

—Edwina, Holms tenía cinco mil dólares en billetes. Ese dinero fue sacado del banco por un tal Sam Hickory, secretario particular de tu padre. Es un informe oficial del jefe de policía de Cheyenne, de modo que no hay por qué dudar de su veracidad...

—Oh, no... No es posible... —Ella retrocedió casi a trompicones

—. No puedo creerlo..., aunque lo diga el jefe de policía...

Las lágrimas afluían incontinentemente a sus ojos. Tambaleándose, regresó al coche, dio el contacto y arrancó en dirección a Sittakaw.

Wilkinson lanzó una maldición. ¿Por qué habían de torcerse las cosas de tan mala manera?

Furioso, pegó una patada a una piedra y emprendió el regreso a pie. Algo tenía que hacer y no se le ocurría nada para solucionar tan crítica situación.

CAPÍTULO XI

Ned Bane examinó unos segundos el coche azul, parado frente al *Silver Ring*, pasó un dedo por la carrocería cubierta de polvo y luego entró en el edificio.

Estaba casi desierto a aquellas horas. Bane se encaminó directamente al despacho del propietario. Barton le recibió con toda cortesía.

—¿He hecho algo malo, comisario? —preguntó sonriendo.

—Señor Barton, voy a serle sincero. Usted se ha portado bien durante mucho tiempo. Ahora, no sé por qué, las cosas empiezan a cambiar. No tengo pruebas directas, pero... despida a Harry Cook.

Barton se puso rígido.

—¿Por qué?

—Despídale y dígle que abandone la ciudad, antes de que sea demasiado tarde. Cook pasó no hace una hora por delante de mi oficina y venía de la montaña. No puedo probar que lo hizo él, aunque lo sepa. Intentó despeñar a Wilkinson, ¿comprende?

—No... —Barton se pasó un dedo por el cuello de la camisa—. Le juro que no sabía nada... Soy completamente ajeno a eso, comisario, créame. Por supuesto, ahora mismo le despediré...

—Dígale que tiene una hora de plazo para abandonar el pueblo, con su maldito coche azul, todavía lleno de polvo del camino que lleva a Skyview. Eso es todo.

Bane se tocó el sombrero con dos dedos y abandonó la oficina. Cook entró a los pocos instantes.

—¿Qué le ha dicho ese pájaro, jefe?

Conteniendo la ira que sentía, Bane sacó unos billetes y se los entregó a su interlocutor.

—Harry, estás despedido —dijo—. Lárgate inmediatamente de la

ciudad.

Cook se quedó estupefacto.

—Pero ¿a qué viene esto? —barbotó.

Barton se puso en pie.

—Estoy harto de este asunto —gritó—. Debí haberte dejado en Cheyenne cuando me vine para acá; ahora estaría libre de conflictos.

—Olvida a Red Morgan y la pistola en poder del abogado —dijo Cook incisivamente.

—He reflexionado mucho sobre el particular. Brawson no me haría nada. Si me denunciase, diría que se lo confesé desde el primer momento. Lo considerarían como cómplice y más si encontrasen el arma en su poder. No es tonto, ¿sabes?

—Es un asunto de millones...

—Yo sólo quiero vivir tranquilo y sin problemas, así que lárgate de una vez, Harry —vociferó Barton, fuera de sí.

Cook apretó los labios. De pronto, sacó una pistola y disparó dos veces seguidas contra Barton.

El hombre lanzó un gemido y se desplomó de bruces sobre la mesa. Cook maldijo entre dientes y luego se precipitó hacia la caja fuerte, cuya combinación conocía sobradamente. Abrió y volvió a maldecir al ver la exigua suma de dinero que había allí. Barton era hombre poco amigo de tener mucho dinero en casa e ingresaba regularmente sus ganancias en el banco.

Pero menos era nada. Vació la caja fuerte y corrió hacia la puerta.

Cuando llegó a la sala, la encontró extrañamente vacía, pero no reparó demasiado en el detalle. Siguió corriendo, llegó a la puerta, la atravesó y dio unos cuantos pasos en dirección a su coche.

Entonces oyó la voz del comisario:

—Deténgase, Cook. Levante las manos y no haga el menor gesto de resistencia.

Los disparos habían sido oídos. Bane no se había marchado, sino que estaba fuera, aguardando a que abandonase la ciudad. Seguramente, había ordenado a los demás empleados que abandonasen el local.

Había sido más listo que él y ello le hizo perder la cabeza. Aullando como un energúmeno, giró en redondo, a la vez que

sacaba la pistola.

Bane disparó sin pestañear. Cook extendió los brazos con violencia, saltó hacia atrás y cayó de espaldas.

Bane meneó la cabeza.

—Creo que le he hecho un gran bien a la población —murmuró, mientras la gente empezaba a dar señales de vida a su alrededor.

* * *

En todo el día no había podido ver a su padre, absorbido por el cúmulo de negocios a que debía atender después de su regreso de Europa. Para colmo, cuando creía que vendría a casa a cenar, se recibió una llamada telefónica diciendo que tenía un compromiso ineludible y que cenaría en el Countrymen.

Edwina ya no lo pudo soportar más. Hablaría con su padre, aunque luego le costase un serio disgusto. Tenía que poner las cosas en claro.

—Pase lo que pase —se dijo, mientras subía a su automóvil.

El señor Ralston-Moore estaba sentado ya a la mesa de uno de los lugares más exclusivos de Cheyenne y al que no todo el mundo tenía acceso. Los criados vestían lujosamente y servían en medio de un profundo silencio los más selectos manjares. El *maître* gobernaba aquel pequeño mundo, con mirada de águila, haciendo apenas gestos que los camareros comprendían instantáneamente. El padre de Edwina había encargado mesa para dos y estaba aguardando a su invitado.

El invitado llegó poco después y le saludó, pero fríamente.

—Edwin —dijo Seward C. Courtenay—, tengo que hablar muy seriamente contigo. Aunque tenemos negocios similares, no estamos asociados y sí somos competidores. Pero, hasta ahora, la competencia se ha desarrollado franca y lealmente, dentro de lo que cabe en este mundo infernal de los negocios.

—Muy cierto, Seward —convino Ralston-Moore—. Pero, que yo sepa, en los últimos tiempos, no te he pisado ningún callo.

—A mí, no, pero se lo estás pisando, ¡y de qué modo!, a una persona a la que aprecio casi tanto como si fuera mi hijo.

—Seward, no te comprendo en absoluto. ¿A quién te refieres?

—Estoy hablando de Geoffrey Wilkinson. Conozco tus

intenciones, en la ciudad, al menos en nuestra esfera, se habla mucho del asunto y de la forma en que lo estás llevando a cabo.

—¡Eh, eh, alto ahí! Que yo sepa, hasta ahora, todo ha ido normalmente.

—Ed, ¿llamas normalidad a un montón de muertes violentas?
Ralston-Moore respiró.

—Seward, si no te conociera bien, diría que estás borracho. Nunca he recurrido a procedimientos tan viles para lograr mis objetivos. Y tú lo sabes muy bien.

—Skyview vale la pena. Es una montaña prácticamente de hierro puro, un yacimiento que vale decenas, si no cientos de millones...

—Lo sé, y estoy dispuesto a pagar un precio justo.

—Mi sobrino no venderá. Y te agradeceré que desistas, Ed.

El padre de Edwina se quedó atónito.

—Wilkinson..., tu sobrino... Pero tú no tienes una gota de sangre...

—Helen Courtenay, su madre, era mi hermana y fue una esposa inmensamente feliz, lo cual no le impidió prever ciertas dificultades que podían presentársele algún día a su hijo. Ella también tenía su fortuna particular y empleó la mayor parte en comprar legalmente aquellas tierras, que ahora son de Geoffrey, también con absoluta legalidad. De modo que, si piensas presentar una demanda contra él, basándote en que no puede ser propietario, debido a su raza, perderás el tiempo y el dinero.

—¿Ha dicho que Helen Courtenay, la madre de Geo, era su hermana? —gritó repentinamente Edwina.

Los dos hombres, asombrados, se pusieron en pie al mismo tiempo. Ninguno se había dado cuenta de que la muchacha estaba escuchando desde hacía algunos momentos.

—Hija, ¿por qué te metes en algo que no te importa? —dijo de mal talante el señor Ralston-Moore.

—Eh, deja a la chica que meta baza. Tiene derecho a ello —sonrió Courtenay—. A poco que me descuide, también será mi sobrina muy pronto.

—¿Qué? ¿Ella se va a casar con un...? —barbotó el padre de Edwina.

—Ya no —contestó ella con acento lleno de tristeza—. Después

de lo sucedido, todos mis sueños se han esfumado. Pero si no hubiera ocurrido así, sería la esposa de Geo, y no me importaría su sangre sioux, como no le importó a la hermana del señor Courtenay.

—Bravo, muchacha —aplaudió el aludido.

—No entiendo nada —declaró Ralston-Moore—. He oído ya tantas cosas, que tengo un lío indescriptible en la cabeza.

—Pues aún lo tendrás más grande cuando sepas que te cree el autor de la orden de asesinato de Geo —exclamó Edwina.

—No seas insensata, hija. Ni en sueños se me ocurriría tal cosa...

—Entonces, ¿por qué sacó Sam Hickory, tu secretario particular, cinco mil dólares en billetes, suma que fue hallada en poder del cadáver de un asesino profesional? Lo sé de muy buena tinta, porque yo estaba allí, ¿me entiendes?

Ralston-Moore hizo un vigoroso gesto con la cabeza.

—No puedo consentirlo —dijo—. Tengo que aclarar esto inmediatamente.

Courtenay hizo un gesto con la mano.

—Siéntate, Ed, y pide un cubierto para la muchacha. Por mucho que corras ahora, las cosas no mejorarán en absoluto ni tampoco resolverás nada positivo.

—Es mi reputación la que está en juego, Seward.

—Lo sé, pero también tengo noticias de que alguien ha estado jugando sucio a tus espaldas. Voy a darte un consejo: cena bien y con apetito... y mañana será otro día.

Courtenay sonrió y se volvió hacia la joven.

—De modo que te gusta mi sobrino —dijo.

—Sí, pero yo no sabía... Geo no mencionó jamás el apellido de su madre.

—Eras mi hermana. —Courtenay suspiró—. Fui el único de la familia que la comprendió y ayudó. Él, Richard, su esposo, era todo un hombre... y dejó un hijo cien veces mejor.

Edwina apoyó los codos sobre la mesa, juntó las manos y puso la barbilla en ellas.

—Señor Courtenay, hábleme de Geo —pidió.

Courtenay miró de reojo al padre de la muchacha.

—Ed, puede que no te guste, pero creo que vas a tener nietos con sangre sioux en sus venas.

Ralston-Moore se echó a reír.

—¿Sabes, Seward? Cuando yo era un mozalbete, que apenas se afeitaba, me hicieron miembro honorario de la tribu de los sioux-hunkpapas. Es la de Geo, me parece.

—Sí, exactamente —confirmó Courtenay.

—Entonces, mis nietos tendrán un abuelo sioux... si esta chica insiste en sus propósitos.

—Insisto y haré lo que sea para convencer a Geo de que no tienes nada que ver con este turbio asunto —exclamó Edwina—. Pero me parece que ahora hay algo más importante que pensar en mi... descendencia. Papá, tenemos que hablar con Hickory.

Ralston-Moore torció el gesto.

—No es conveniente dejar ciertos negocios en manos ajenas —contestó—. A veces, le engañan a uno...

—Lo que pasa es que creíste que todo sería muy fácil y te encontraste con un hueso imposible de roer. —Courtenay se echó hacia adelante—. Ed, si tú hubieses tenido algo que ver con ese asunto, te lo habría hecho pagar muy caro. Tengo un buen paquete de tus acciones de la Transcontinental Mining. Imagínate que las pongo en venta de golpe...

Edwina dio una palmada sobre la mesa.

—No se mencionen más venganzas —cortó—. Aunque el asunto no está concluido, las perspectivas son mucho más favorables. ¿Por qué no empiezan a fumar los dos la pipa de la paz?

Courtenay se echó a reír.

—En este caso, prefiero una buena copa de champaña —dijo.

Edwina estaba presente cuando, al día siguiente, su padre llamó a Sam Hickory, su secretario personal.

—Sam, tengo entendido que hace poco extrajo del banco la suma de cinco mil dólares —dijo.

—En efecto, señor —admitió Hickory—. Pero lo hice por indicación del señor Brawson y de la cuenta especial que usted tiene en el Cheyenne Trust, destinada a gastos extraordinarios. Usted me concedió poderes...

—Lo sé, lo sé —cortó Ralston-Moore—. ¿Para qué eran esos cinco mil dólares?

—Lo ignoro. Crawson me dijo que era una recompensa extra para un ingeniero, que le había hecho unos análisis cuantitativos de mineral de hierro. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿Entregó usted ese dinero al propio Brawson? —intervino la muchacha.

—Oh, no... Brawson me indicó una dirección y yo puse los billetes en un sobre y los envié por correo. Pero, miren... Lo tengo anotado aquí, en el libro privado...

—A ver —dijo Edwina.

Cogió el libro, lo abrió y leyó:

—«Día 22. \$ 5000, enviados a S. H., por orden de F. B...». Papá, las iniciales S. H. corresponden a Stilly Holms, el asesino profesional que fue muerto por «Hock».

Ralston-Moore se rascó la barbilla con el pulgar.

—Pero, entonces, ¿por qué diablos actuó de esa manera? —exclamó, lleno de perplejidad.

—Resulta claro, papá —dijo ella con firmeza—. Si las cosas salían mal, tú cargarías con las culpas.

Ralston-Moore se puso en pie, hirviendo de furia, pero la muchacha lo agarró por un brazo.

—Quieto, papá —exclamó—. No hagas nada. Antes quiero hablar con el comisario de Sittakaw... y con el propio Geo, naturalmente.

CAPÍTULO XII

El coche se detuvo frente a la explanada. Brawson se apeó y vio al dueño en la terraza, detrás del telescopio. Wilkinson agitó una mano.

—¡Entre, abogado! —invitó.

Brawson llevaba su cartera en la mano. Abrió la puerta, cruzó la sala y llegó a la terraza. Wilkinson le dirigió una amable sonrisa.

—Usted es de los que no desisten, ¿eh? Terco como una mula, duro como el acero...

—Se le olvidó decir que también sé usar la cabeza —contestó Brawson—. Señor Wilkinson, le dejé unos documentos hace algún tiempo. Supongo que ya los habrá estudiado y estará completamente impuesto de su contenido.

—Oh, sí, desde luego. —El joven volvió a mirar de nuevo por el telescopio—. Esta tarde, a las dos, tendré el gusto de enfrentarme con usted en el juzgado de Sittakaw, señor Brawson.

—La demanda está presentada ante el tribunal del distrito de Cheyenne —contestó Brawson.

—Sí, pero ese tribunal deberá dictaminar después de que el juez de Sittakaw haya tomado una decisión. Los terrenos de Skyview están aquí y no en Cheyenne.

Wilkinson sonrió de nuevo.

—Yo también entiendo un poco de leyes —añadió—. Pero venga por aquí; eche un vistazo a través del telescopio. Verá algo muy interesante, se lo aseguro.

Brawson dudó un instante y luego, por pura cortesía, hizo lo que el joven le indicaba. Wilkinson, a su lado, le miraba plácidamente.

—Fíjese bien. Hay un halcón en el tronco de aquel roble situado no lejos del río... Ahora echa a volar... Va detrás de su presa... Ya

la ha cazado. Es un conejo, y acaba de morir...

Brawson se despegó del aparato óptico.

—Una escena muy interesante, sobre todo, vista al natural, en lugar de en la televisión —dijo.

—Sí, y hace pensar profundamente. El halcón mata por necesidad, como todos los animales carnívoros, con o sin alas. En cambio, los humanos... Algunos matan por vicio, abogado.

Brawson se puso rígido.

—No he venido aquí para recibir lecciones de filosofía barata —contestó ácidamente—. Le aguardo a las dos en el juzgado.

—Allí estaré, descuide.

El abogado se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se volvió.

—Le ofrecí una fortuna. Usted la rechazó. No se queje si luego resulta que es tan pobre como las ratas.

Wilkinson no había perdido la sonrisa.

—Las ratas ignoran lo que es el vicio de matar —contestó.

* * *

—Su demanda es inaceptable y, por tanto, la petición queda rechazada —dijo el juez a las dos y cinco minutos de la tarde.

Brawson se puso pálido.

—Pero, Señoría... El demandado no puede poseer legalmente... Según las leyes de este Estado...

—Esas leyes se refieren a tierras consideradas libres y que no fueron adquiridas legalmente.

—El demandado no las compró —arguyó Brawson.

—Nunca se ha dicho que las comprase él —contestó el juez—. Abogado, antes de iniciar una demanda, debería haberse informado mejor acerca del señor Wilkinson. Las tierras cuya atribución solicita le sea concedida temporalmente, en espera de que el estado de Dakota del Sur confirme su propiedad, en virtud de una venta, pertenecen de un modo legal e irrefutable al demandado, por haberlas adquirido su difunta madre, la cual, en tiempo y lugar debidos, le nombró heredero universal de todos sus bienes. El demandado posee los documentos probatorios precisos, que le serán exhibidos si usted duda de la palabra de este tribunal.

—Hay un Tribunal Superior en el estado...

—Al cual le aconsejo que no recurra —dijo de pronto Courtenay.

Brawson se volvió. Courtenay, acompañado de Edwina y de su padre, acababa de entrar en el juzgado.

Bane, a su lado, apoyado en la pared, tenía los brazos cruzados y parecía indiferente a todo cuanto ocurría en la sala. Brawson vio a los tres recién llegados y se puso pálido.

—Pero si recurre —siguió Courtenay—, en el mejor de los casos, lo único que conseguiría usted es demostrar que mi hermana, Helen Wilkinson, por matrimonio, compró esas tierras con toda legalidad; y aun suponiendo que se desposeyese a su actual propietario, por razón de su ascendencia racial, entonces, yo sería designado heredero de esas propiedades y, por supuesto, no le vendería usted tierra ni para una maceta.

Brawson se volvió hacia el padre de Edwina.

—Creo que el señor Wilkinson le dará la respuesta mucho mejor que yo —dijo.

—Sí —intervino el aludido—. Y va a ser una respuesta que usted no espera. Por ejemplo, podemos mencionar los cinco mil dólares que usted hizo enviar a Stilly Holms, por mediación del señor Hickory. Se encontraron en el cadáver de Holms y usted, en su ansia de comprometer al señor Ralston, no se preocupó de examinar el dinero antes. Simplemente, hizo que Kickory no enviase directamente a Holms, pero como Hickory no sospechaba su destino, le envió cincuenta billetes de a cien, completamente nuevos y con numeración correlativa, lo cual, como puede comprender, ha permitido seguirles la pista sin dificultades.

»Hemos averiguado también muchas cosas —continuó Wilkinson, implacable—, empezando, claro está, por sus viejas relaciones con Barton, al cual forzó usted a colaborar, bajo la amenaza de sacar a relucir el revólver con el cual había asesinado hace cuatro años a un tal Red Morgan. Los empleados de Barton han declarado haberle visto con él en más de una ocasión. No son pruebas demostrativas, pero sí indicativas de sus relaciones con aquel sujeto. También le vieron hablando aparte con Cook y eso permite hacer muchos comentarios, incluyendo los “mensajes” a los Tuckett, que Cook les enviaba en su nombre.

»Pero todo esto no es suficiente para imponerle a usted siquiera un mes de cárcel. Hay otra cosa, sin embargo, que sí le enviará a

presidio para toda la vida: el asesinato de Bart Hyllest.

—Yo no tengo nada que ver con esa muerte...

—Hemos hecho muchas averiguaciones —cortó Wilkinson fríamente—. Barton e Hyllest eran antiguos enemigos. Hyllest vino aquí, atraído por usted, para que pudiera desquitarse de Barton. Pero Hyllest tenía la desventaja de no conocer el pueblo y a sus habitantes, como los conocía ya Barton. En consecuencia, usted le citó en determinado paraje y lo asesinó a sangre fría, con el revólver que había servido para asesinar a Morgan. De este modo, Barton quedaba constreñido a obedecerle a usted, porque podían considerarle también asesino de Hyllest.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Brawson—. Hasta ahora no he oído más que hipótesis que no resisten el más elemental de los análisis.

—Señor Brawson, usted tiene un defecto en una pierna. Necesita utilizar en el zapato un tacón más alto que el otro, un centímetro, aproximadamente.

—Eso me evita cojear. Es un defecto que me quedó de un accidente que tuve cuando tenía quince años y aún no había completado mi desarrollo físico.

—Gracias por la respuesta —dijo el joven—. ¿Ned?

—Sí. Geo, ahora mismo —contestó el comisario.

Encima de una silla cercana tenía un paquete envuelto en papel. Lo desenvolvió y dejó al descubierto unas cosas blancas.

—El asesino de Hyllest dejó sus huellas en la tierra del lugar en que se apostó para hacer su disparo y nosotros tomamos moldes con escayola —dijo Bane tranquilamente—. Señor Brawson, ¿permite que compare el molde del zapato derecho con el suyo?

El rostro de Brawson se demudó considerablemente. De súbito, tiró la cartera y sacó un revólver.

—¡Quietos todos! —gritó—. Mataré al primero que se mueva...

Con ojos de loco, retrocedió unos pasos. Inesperadamente, agarró a Edwina por un brazo y tiró de ella hacia fuera.

—Me la llevo como rehén —exclamó—. Si intentan seguirme, la mataré.

Wilkinson cerró los puños y dio un paso adelante, pero Bane le contuvo con un ademán.

—Déjalo —murmuró.

Paso a paso, Brawson fue retrocediendo, con el arma pegada al costado de la muchacha. El padre de Edwina agitó una mano.

—Brawson, si le hace el menor daño, juro que le estrangularé con mis propias manos —rugió.

—Váyase al infierno —contestó Brawson.

De pronto, dio un fuerte tirón y cruzó la puerta. Apenas había salido, Norris, apostado en el exterior, le propinó un tremendo empujón que le hizo rodar por el suelo.

Brawson lanzó un espantoso alarido. Norris saltó hacia la muchacha y la apartó violentamente a un lado. Luego se dispuso a saltar sobre el abogado, pero éste había recuperado el revólver.

En el mismo instante, sonó un estampido al otro lado de la calle.

Brawson, enormemente sorprendido, se tambaleó. Cayó de rodillas, con una mano en el pecho, y trató con un esfuerzo supremo de levantar el arma otra vez.

Estalló otra detonación. Brawson, sacudido por el impacto, cayó de lado y no se movió más.

Wilkinson estaba ya en la puerta. Enormemente asombrado, vio a Lucía Torres que cruzaba la calle, con un rifle en las manos.

—Ése era el culpable de la muerte de mi marido —dijo la mujer fríamente.

Wilkinson asintió. Luego se volvió hacia la muchacha. Edwina estaba pálida.

—No te preocupes, todo ha pasado ya —dijo, a la vez que le pasaba un brazo por la cintura.

Edwina flaqueó un poco, pero se rehízo en el acto.

—Si..., ya todo ha pasado —murmuró.

Su padre y Courtenay estaban en la puerta del juzgado. La gente empezaba a acudir hacia aquel lugar. Ralston-Moore contempló unos instantes el inerte cuerpo de Brawson y meneó la cabeza.

—Pero ¿qué diablos esperaba conseguir ese pobre diablo? —masculló.

—Es bien sencillo —respondió Courtenay—. Fuiste demasiado crédulo y manejaba tus fondos como si fueran suyos. Así, hubiera conseguido Skyview, en tu nombre, pero él se hubiera convertido en su dueño.

El padre de Edwina volvió la cabeza. Wilkinson y la muchacha estaban aparte y hablaban atropelladamente, interrumpiéndose el

uno al otro. Ralston-Moore sonrió.

—Por lo menos, alguien de la familia sí será propietario de Skyview —contestó.

Wilkinson le oyó y dijo sonriendo:

—Pero sólo podrán disfrutar del paisaje, sin tocar nada de lo que haya debajo de su superficie.

* * *

Sonaron unos ruidos extraños en la puerta. Edwina bostezó, echó a un lado las ropas de la cama y se levantó. Wilkinson alargó la mano para retenerla.

—No te vayas tan pronto —rogó.

—Volveré en seguida —prometió ella, mientras se ponía la bata —. Ese inoportuno de «Hock» debe querer un poco de miel.

—¿Te atreves a dársela?

—Ya no es la primera vez —repuso la muchacha.

Metió los pies en las zapatillas y se dirigió hacia la cocina. Agarró un tarro de miel, volcó su contenido en un plato y abrió la puerta trasera.

El oso gruñó. Edwina llevó el plato hasta el borde del talud y lo dejó en el suelo.

—Anda y déjanos dormir en paz, «Hock».

Regresó a la casa. En la puerta sonaron ruidos.

Edwina se puso rígida. Miró a través de una de las ventanas de la cocina y vio al oso entregado a la agradable tarea de comerse la miel.

—¡Geo! —chilló.

Wilkinson acudió a la carrera.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado.

—Yo... —Edwina apenas podía hablar—. Creo que... le di la miel a otro..., a otro oso...

Wilkinson abrió la puerta un instante y ya no vio nada. Luego fue a la cocina, miró a través de la ventana y se echó a reír.

—También los osos tienen derecho al amor —exclamó.

Edwina se sentía pasmada.

—¿Es... su hembra?

«Hock» y la osa se alejaban trotando a través del bosque.

Wilkinson pasó un brazo por la cintura de su esposa.

—No van a ser menos que nosotros —contestó.

Ella suspiró.

—¡Qué alivio! —dijo—. Geo...

—Dime, cariño...

—Soy muy feliz. Ahora ya sé por qué no querías vender a ningún precio,...

—Es que esto no tiene precio —repuso Wilkinson.

Lentamente, la condujo hasta la terraza. El sol se elevaba majestuosamente sobre las cumbres. Ella dijo:

—Geo, vendrán nuestros hijos y un día serán mayores. Entonces les diremos que, cuando llegue nuestra hora final, nos entierren aquí.

—Y juntos.

—Sí.

—Pero aún faltan muchos años...

Edwina se volvió y le besó apasionadamente.

—Cada año me parecerá un siglo de felicidad —repuso.

Wilkinson asintió. Sí, el futuro de dicha se presentaba infinito ante ellos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.